

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.

Prío IX al Director y redactores de El Pensamiento Español.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-
dos, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40; cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet. Prío IX al Director y redactores de El Pensamiento Español.

PARTE OFICIAL.

La Gaceta de ayer no contiene ninguna disposición de interés general.

La Gaceta de hoy publica dos decretos del ministerio de Estado, fecha 30 de Julio, creándose por el primero una comisión compuesta de nueve individuos para examinar los expedientes y formar en su vista los escalafones activos y pasivos de los empleados pertenecientes a las carreras diplomáticas, consular y de intérpretes, y nombrándose por el segundo para formar dicha comisión, a los Sres. D. Augusto Ullas, presidente; A. D. Gabriel Rodríguez, don Alvaro Gil Sanz, D. Francisco Salmerón y Alonso, D. José Luis Alvarado, D. Julián Sánchez Ruano, D. Buenaventura Abarruzza y Ferrer y D. Bonifacio de Blas, vocales, y a D. Manuel del Palacio, oficial del personal del ministerio, que desempeñará el cargo de secretario.

Por decreto del ministerio de Hacienda de 30 de Julio último, se introducen varias alteraciones en la dirección general de Propiedades y Derechos del Estado, disponiéndose que dicha dirección se componga de un director general, jefe superior de administración, con 12,500 pesetas.

Un segundo jefe, jefe de administración de segunda clase, con 8,750.

Un tercer jefe, jefe de administración de tercera clase, con 7,500.

Dos jefes de negociado de primera clase, a 6,000 pesetas cada uno.

Dos id. de segunda clase, a 5,000.

Dos id. de tercera clase, a 4,000.

Tres oficiales primeros, a 3,500.

Diez oficiales segundos, a 3,000.

Doce oficiales terceros, a 2,500.

Diez y seis oficiales cuartos, a 2,000.

Veintidos oficiales quintos, a 1,500.

Cuarenta y cinco escribientes, a 1,250.

Un portero, con 1,750.

Otro, con 1,500, y

Seis ordenanzas, a 1,000 pesetas cada uno.

A consecuencia del anterior decreto, se han dictado las siguientes resoluciones:

«Declarando cesantes por reforma, y proponiéndose utilizar oportunamente sus servicios, a D. Ignacio Sánchez, jefe de negociado de segunda clase; D. Clemente Fernández Elias, D. Manuel Sevilla y D. Sebastián Fernández López, jefes de negociado de tercera clase; a D. Mariano Suárez, D. Manuel María Puga, D. Domingo Sendra y D. Antonio Giraldez, oficiales de la clase de terceros, y a D. Federico Fernández Gallardo y D. Toribio de las Cagigas, oficiales de la clase de cuartos.

Declarando que dependen de esta dirección, como letrados de Hacienda, con arreglo al art. 3.º del decreto de esta fecha, D. Felipe Madariaga, jefe de negociado de primera clase; D. Leon González Pola, jefe de la clase de primeros; D. Timoteo Cautla, y Abad y D. Federico de Vargas, oficiales de la clase de segundos; D. Francisco Martí y Correa, D. Luis Vich y Aparici y D. Julio Leones y Saliente, oficiales de la clase de terceros.

Declarando cesante por reforma en el destino de jefe de negociado de primera clase, y nombrándole en comisión jefe de segunda clase a D. José María Pérez Cossío.

Promoviendo a la plaza de jefe de negociado de segunda clase, con la calidad de letrado, a D. Eduardo Caro, actual jefe de negociado de tercera clase en la misma dirección.

Nombrando jefes de negociado de tercera clase, con calidad de letrados, a D. Cipriano Garjón, auxiliar que ha sido por oposición de la secretaría del Consejo de Estado, oficial cesante del ministerio de Estado, y opositor con primera nota a las secretarías de diputaciones provinciales, y a D. José Carrascosa, juez de primera instancia de ascenso cesante.

Promoviendo a plaza de oficial letrado de tercera clase a D. Ignacio Lopez Barthe, actual oficial cuarto en la misma dirección.

Nombrando oficiales letrados de la clase de terceros a D. Julio Monreal, doctor en jurisprudencia y en filosofía y letras, y oficial cesante en la dirección del Patrimonio, y a D. Antonio Boda y Janer, doctor en jurisprudencia y opositor con ejercicios aprobados a las secretarías de diputaciones provinciales.

Disponiendo que, cese en el cargo de ingeniero consultor del ramo de minas de esta dirección general D. Ramon Rua Figueroa, y en consecuencia de nombrar ingeniero agregado a la sección de administración de este centro directivo un ingeniero de primera o segunda clase.

PARTE EXTRANJERA.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Haas-Bullier.)
LISBOA, 30.—El consejo de Estado en su reunión de hoy, ha decidido que Portugal guarde la más estricta neutralidad.
Enseguida se publicará la proclamación y una orden del día al ejército.

PARIS 29, a las seis de la tarde, recibido el 31 a las cuatro y treinta y uno de la tarde.—Inglaterra ha declarado oficialmente al Gobierno francés que no impedirá la exportación de caballos y carbón de piedra, a pesar de las reclamaciones del Gobierno prusiano.

LONDRES 30.—Los periódicos ingleses rechazan las censuras que algunas publicaciones alemanas han dirigido al gobierno británico calificándole de parcial en su neutralidad. Añaden que Inglaterra tiene el deber de hacer respetar los derechos de neutralidad en el caso en que estén amenazados.

Carece de fundamento la noticia dada por la prensa austriaca sobre la prisión del conde de Bismarck en Hamburgo.

Ninguna noticia importante del teatro de la guerra.

Partes de origen francés, hablan de trastornos ocurridos en Colonia, pero deben acogerse con reserva estas noticias.

Nota. Se siguen recibiendo con gran retraso los partes de París. Hoy se han recibido varios telegramas que no se comunican por contener noticias que han llegado al mismo tiempo que el correo. El parte relativo a la proclamación del emperador que publicaron los periódicos de París se ha recibido mutilado; con treinta horas de retraso.

Según noticias confidenciales de la Agencia, parece inminente un ataque sobre Saarbrücken, población fortificada en la orilla izquierda del Saar, a poca distancia de la frontera francesa. En Francia se cree que los prusianos abandonarán esta plaza sin esperar el ataque de los franceses.

En la Cámara de los Lores de Inglaterra dijo lord Granville que se levantaba por indicación de lord Russell para explicar la parte que el Gobierno había tomado en las negociaciones que precedieron a la declaración de guerra por Francia contra Prusia. Asegurando que no trataba de elogiar ni censurar a ninguno de los beligerantes, proclamó la política neutral del Gobierno, manifestando que su conducta había sido evitar que el Gobierno francés procediese con precipitación y luego ejercer una influencia amistosa, sin la menor imposición, sobre España y Prusia a fin de que pudieran suavizar la gravedad de la situación. El Gobierno, añadió lord Granville, ha sido afortunado hasta cierto punto. Mr. Layard indujo a España a consentir en un arreglo que la preservaba de ser envuelta en la guerra. Desgraciadamente, mientras que nuestro embajador estaba en Berlín, el rey de Prusia se hallaba en Ems y el conde de Bismarck en su casa de campo.

No es posible decir si se habría evitado la guerra en el caso de que no hubiera ocurrido el incidente de Ems; pero tan pronto como el Gobierno supo que la simple retirada de la candidatura del príncipe de Hohenzollern no bastaba a satisfacer, hizo proposiciones a ambos Gobiernos, que especificó y que desgraciadamente fueron rechazadas por ambas partes, aun cuando parecía que el rey de Prusia no participaba de las objeciones de M. de Bismarck.

El Gobierno apeló entonces inmediatamente a ambas partes, fundándose en el protocolo de París para someter las cuestiones pendientes a la decisión de alguna o algunas potencias amigas. Esta proposición fue rechazada por Francia y no aceptada por Prusia. Lord Lyons había obtenido por sus incesantes instancias un plazo de cinco días; pero fue al fin declarada la guerra por el Gobierno francés y el Gobierno inglés se vio en el deber de proclamar su completa neutralidad.

Lord Granville citó ciertas quejas presentadas por ambos Gobiernos para demostrar que había procedido de una manera imparcial, y añadió que el Gobierno inglés estaba firmemente comprometido a guardar todos sus derechos y privilegios como neutral, entre los que se contaba el deber de ofrecer sus buenos oficios si se le presentaba oportunidad para una mediación y de mantener una reserva serena y digna, a fin de que esa mediación pueda ser ofrecida en el momento conveniente con el mayor efecto posible.

Lord Malmesbury elogió al conde de Granville por la manera en que había hecho frente a las dificultades en que se ha visto envuelto al aceptar el ministerio de Negocios extranjeros. Aludiendo a la entrevista de Ems, dijo que parecía presumible respecto de Francia y Prusia que esta guerra debiera haberse evitado. Ahora que había estallado, sería difícil hasta para un Congreso establecer la paz, pero que era una guerra sin ninguna causa justa o razón especial.

La única conducta que el Gobierno podía seguir era la de una perfecta neutralidad, y en esta actitud sería secundado por la oposición. Creía no obstante de su deber insistir en una honrada neutralidad de parte de ambos beligerantes respecto de las potencias neutrales. Si Dinamarca, Bélgica y Holanda permanecen también estrictamente neutrales, podría Inglaterra mantenerse apartada de la guerra. También dijo que sería deber del Gobierno ver si las defensas nacionales se hallaban en estado eficaz, y aludido especialmente a las reducciones hechas últimamente en el ejército, observando que no desautorizaría al Gobierno cambiar la política que había adoptado en un período de profunda paz. Recordó por último a lord Granville que debía dar en breve explicaciones relativas al proyecto de tratado de alianza publicado por El Times, y que Prusia ha declarado auténtico. Ninguna explicación oficial se ha dado todavía respecto de ese tratado por el Gobierno de Francia, y la Cámara esperaba enterarse de todas las explicaciones que el ministro de Negocios extranjeros recibiera de ambos gobiernos sobre este asunto.

Lord Russell manifestó que lord Granville estaba justificado por los precedentes de 1823 y 1847 en la exposición que había hecho, no habiendo tomado parte Inglaterra en la guerra en ninguna de esas dos ocasiones, y resolviendo después de las negociaciones permanecer neutral. Respecto de la entrevista de Ems, expresó su confianza nacida del conocimiento personal que tenía del rey de Prusia; de que este se había conducido como príncipe soldado y caballero. Examinó las cuestiones suscitadas por Mr. Benedetti con el rey en ausencia del conde de Bismarck, manifestando la opinión de que la ventaja de moderación estaría de parte del rey, y de que S. M. tuvo razón en remitir al ministro francés al conde de Bismarck si había que discutir cuestiones políticas. Todos aprobaban los pasos que el Gobierno había dado en estas negociaciones; pero pueden surgir grandes dificultades, como por ejemplo, respecto a los debates de Inglaterra con Bélgica, y el Go-

bierno debe mirar si el país estaba suficientemente armado. Añadió que el Gobierno debía procurar también cultivar relaciones amistosas con Austria y Rusia, a fin de estar en disposición de ofrecer una mediación colectiva con probabilidades de aceptación cuando se haya calmado la febril irritación que hoy anima a los dos países.

Este incidente se dio por terminado.

En la Gaceta Oficial de Berlín del 28 de Julio se lee lo siguiente:

«Habiendo declarado lord Granville y Mr. Gladstone en el Parlamento inglés que descansaban en las explicaciones que daban los dos Gobiernos interesados en el proyecto de tratado publicado recientemente, el canciller de la Confederación telegrafió lo que sigue al conde de Bernstorff, embajador de la Alemania del Norte en Londres, prometiendo al mismo tiempo una exposición documentada completa del asunto.

«Al conde Bernstorff.—Tendrá V. E. la bondad de comunicar a lord Granville lo siguiente:

«El documento publicado por el Times contiene una de las proposiciones que se nos han hecho desde la guerra danesa por agentes franceses oficiales y extra-oficiales, con el objeto de establecer una alianza entre Prusia y Francia para su mutuo engrandecimiento. Enviare el texto de una oferta hecha en 1866, por la cual propuso Francia ayudar a Prusia con 300,000 hombres contra Austria y permitir el engrandecimiento de Prusia con seis u ocho millones de súbditos a cambio de la cesión a Francia del distrito entre el Rhin y el Mosela. La imposibilidad de aceptar esta proposición era clara para todos, excepto para los diplomáticos franceses. Rechazada esta proposición, principié el Gobierno francés a echar cálculos sobre nuestra derrota. Francia no ha casado de tentarnos con ofertas a costa de Alemania y de Bélgica. En interés de la paz los he mantenido en secreto. Después de la cuestión del Luxemburgo, fueron renovadas las proposiciones relativas a Bélgica y a la Alemania del Sud. El manuscrito de Mr. Benedetti corresponde a ese período. No es probable que Mr. Benedetti obrase sin la autorización del emperador.

Finalmente, la convicción de que no podría obtenerse ninguna extensión de territorio, de acuerdo con nosotros, debe haber moderado la resolución de conseguirlo combatiéndonos. Tengo motivos para creer que si ese documento no se hubiese hecho público después que uno y otro hubiésemos completado nuestros armamentos, Francia nos habría propuesto llevar juntos adelante el programa de M. Benedetti contra la Europa desarmada, y concluir la paz a costa de la Bélgica. Si el Gabinete francés quiere desentenderse ahora de nuestra participación, en que ha trabajado sin interrupción desde 1864 con demandas o con promesas, esto se explica fácilmente por la presente situación política.

La Gaceta de la Alemania del Norte, aludiendo a las últimas revelaciones referentes al proyecto de tratado entre Francia y Prusia, dice que vienen de tristes estas revelaciones, no siendo el proyecto de M. Benedetti el único documento de la misma naturaleza. Negociaciones de igual especie fueron iniciadas en Berlín por el príncipe Napoleón, según las cuales, entre otras cosas, se hacía mención de los cantones suizos en que predominaba la lengua francesa, e indicaciones inequívocas de que en Piemonte no era posible distinguir dónde conclúan los franceses y dónde comenzaban los italianos.

Esta polémica, que consiste en sacar trapos a relucir, y que no puede redundar en prestigio de ninguna de las dos naciones empeñadas hoy en la lucha, nos parece de mal género, y solo puede servir para enconar más y más la irritación que ya existe entre ellas.

Los periódicos suizos dicen que los cuerpos de ejército concentrados por los alemanes en la frontera de Baden tienen por objeto no solo defender el valle del Rhin, sino intentar un ataque contra Belfort.

Con referencia a datos confidenciales, dice un periódico de París, se asegura que el ala izquierda del ejército prusiano cuenta con un efectivo de 300,000 hombres.

De una carta de París de 28 del pasado, que publica un periódico, tomamos lo que sigue:

«El emperador, hablando esta mañana, antes de su salida, con los embajadores de Austria e Inglaterra, les ha dicho: «Señores, ¡alea jacta est! Esta ya no es cuestión de la diplomacia. Necesito un Far-salia».

«Ayer, la emperatriz y su hijo vinieron a París, con el objeto de orar ante el altar de la Virgen en la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias.

La emperatriz, dirigiéndose al príncipe imperial, le ha dicho estos días muchas veces: «Quiero que reces, pero que no tiembles». A lo cual el príncipe respondió, sonriendo: «Mamá, mi apellido no tiembla».

«Dice además un periódico que la emperatriz ha regalado a la Virgen de las Victorias una lámpara de oro macizo, exactamente igual a la que dió cuando el emperador salió para la guerra de Italia».

En otra carta de París del 29, publicada por La Epoca, encontramos las siguientes noticias:

«La proclama imperial al ejército revela bien toda la magnitud de esta lucha de gigantes. Su lenguaje viril y grave ha impresionado vivamente los ánimos. Pero aunque el emperador habla de una guerra larga, al despedirse de la emperatriz, le dijo: «Volveré pronto». En cambio nuestra ilustrada compatriota al estrechar entre sus brazos a su único hijo, le dijo: «Si necesitas algo, dímelo por telegrama y volaré a tu lado». El príncipe conmovido, pero animado. Pequeño detalle, pero significativo. El emperador, aparte las medallas de Italia y Crimea, solo llevaba sobre su uniforme de general las cruces de Austria, Holanda y Dinamarca, sus aliados en el fondo del alma».

«El rey de Prusia en Coblenza. Doscientos mil prusianos entre Maguncia y Manheim. En este momento pasan por los boulevares columnas de la Guardia movilizadas que marchan al campamento de Chalons. Entusiasmo indescribible».

Según algunos periódicos de París, el emperador pronunció estas palabras:

«Espero, señores, estar pronto de vuelta y traer a la Francia una paz duradera».

Un ingeniero civil se ha comprometido a recons-

truir en diez horas la línea férrea sobre el puente Kehl, a pesar de los destrozos causados en ella por los prusianos.

Escriben de Dover que el 26 de Julio último pasó a la vista de aquel puerto una escuadrilla francesa de guerra compuesta de diez buques de gran tamaño. Era la segunda escuadrilla que ha atravesado la Mancha y el Pas-de-Calais con dirección al Norte.

Dicen de Copenhague el 28 que un despacho de St. Gden del mismo día, a la una menos cuarto, anunciaba el paso de una escuadrilla francesa, compuesta de siete buques acorazados y dos vapores pequeños.

Un telegrama de Portsmouth del jueves avisa que una corbeta francesa se hallaba en las aguas de la isla de Wight, a tres millas justas de distancia de la costa, para vigilar todos los buques mercantes.

El periódico francés L'Océan anuncia que la escuadrilla acorazada del Mediterráneo, a las órdenes del vice-almirante Fourichou, entró el 27 de Julio en la rada de Brest. Compónese de las fragatas acorazadas Magnanime, Heroine, Couronne, Provence y de las corbetas acorazadas Albatre y Montcalm. En el mismo día fundó también en rada el aviso Renard. Decíase que se esperaba otros buques acorazados.

El aspecto que ofrecía la rada era imponente, pues además de los siete buques de la escuadrilla del Mediterráneo había la corbeta acorazada Reine Blanche, los guarda-costas acorazados Cerbere y Onopodaga, las baterías flotantes Refuge e Implacable, los avisos Bouvet y Courieux, la cañonera Pique, y además la Borda, la Bretteague, la Inflectible con sus anejos, y el Souffleur.

Los tres navios-escuelas y sus anejos, forman con dicha escuadrilla unos treinta buques de guerra de los cuales once acorazados anclados actualmente en Brest.

La fragata acorazada Normandie, que está de esperimento en la rada de Tolon, ha recibido orden de completar su material y sus provisiones. Se habla de destinar especialmente ese buque a la defensa de los aproches de la rada de Tolon.

Leemos en El Telegrafo Autógrafo:

«Aunque la mayor parte de los periódicos de esta capital vienen anunciando que va a ser llamado el príncipe Napoleón para encomendarle el mando de un cuerpo de ejército, tenemos motivos para creer que nada hay resuelto aun sobre este particular, y hasta nos inclinamos a pensar que no se realizará dicho llamamiento».

El Univers censura resueltamente el abandono de Roma por las tropas francesas, contrario a la promesa hecha por M. Rouher, repetida recientemente por el actual jefe del Gobierno imperial.

«Las ventajas, dice, que Francia tenía bajo el punto de vista político y militar en conservar su posición de guardiana y protectora de los Estados de la Santa Sede son de tal manera evidentes, que la opinión pública no podrá creer las seguridades ministeriales. Por el contrario, se juzgará ofendida profundamente en su religión y en su patriotismo, y reclamará imperiosamente la exposición de las razones que haya tenido el Gobierno para decidirse a un abandono que a todo el mundo parece una falta y una prenda dada a las malas pasiones».

El Cardenal Bonaparte, primo de Napoleón, ha solicitado de este, según el Univers, que le permita pasar al cuartel general en calidad de limosnero, y particularmente para velar por el príncipe imperial. Se ignora aún la resolución del emperador.

Leemos en El Gaulois:

«Desde el lunes 25 de Julio, los alumnos de la escuela politécnica salen todas las mañanas en grupos de 40 para Metz.

El sábado 30, la escuela quedará completamente vacía».

Parece que en Palermo ha habido una gran manifestación para pedir que las tropas italianas invadan el territorio pontificio.

Temese, según un periódico, que el Gobierno italiano se encuentre en un conflicto en presencia de estas manifestaciones, si se repiten, y ante las seguridades que haya dado a Francia, si con efecto ha dado algunas.

El 25 hubo también una manifestación anti-francesa en Nápoles reinando mucha agitación en aquel país con motivo de la guerra y la evacuación de Roma.

Milán es el centro de acción del partido republicano de Italia, y recientemente, según refiere La Lombardia, ha habido allí una demostración en favor de la neutralidad. Habló el fraile Pantaleon, amigo de Garibaldi, diciendo (a buena hora) que todos los hombres son hermanos y que la guerra debe ser maldita, lo cual no es obstáculo para que ese partido esté en guerra perpetua con todo el mundo. La procesión patriótica ocupó al paso la tienda de un armero, lo cual produjo un gran pánico en la ciudad y obligó a acudir a la fuerza pública, que fué recibida con una descarga que no causó daño alguno. Precipitándose la guardia de seguridad al grito de Saboya sobre los amotinados, estos tiraron los fusiles y bayonetas.

Hubo treinta presos con las armas en la mano, y algunos heridos por no querer entregarse.

Bajo la presidencia del Gobernador del Crédito territorial, se ha formado en París una junta o sínodo de las principales sociedades mercantiles de Francia para promover la suscripción a favor de las víctimas de la guerra.

La primera lista publicada es la siguiente: Caja

de descuentos, 50,000 frs.; Sociedad general, 50,000 frs.; Crédito industrial, 25,000; Crédito agrícola, 25,000; Cuentas corrientes, 25,000; Sociedad argentina, 25,000; Palco de París, 25,000; Palco de los Países-Bajos, 25,000, y Crédito leones, 20,000.

Un telegrama de Viena recibido en París el 29 confirma la noticia dada por la Agencia Havas, de que ha desbaratado el 27, cerca de Walthausen, un tren que conducía un batallón de fusileros prusianos del regimiento infantería, núm. 26 habiendo ocasionado este siniestro la muerte de nueve individuos y más de cincuenta heridos.

Dice un periódico de París:

«Las demostraciones en favor de la Francia, dice el Correo del Bajo Rhin, se suceden sin interrupción en la mayoría de las ciudades y pueblos de Dinamarca. De día en día van tomando un carácter de intensidad y de entusiasmo increíbles. Los periódicos alemanes hacen mención de esas demostraciones con el mayor desprecio».

El último número de El Correspondant de Hamburgo habla de una reunión en Copenhague de estudiantes daneses, en que se manifestó vivamente el sentimiento belicoso y anti-prusiano de aquella juventud».

Según La Correspondencia, una persona que ha llegado a Madrid, procedente de varios puntos de Alemania, asegura que los prusianos cuentan, para neutralizar los efectos de las ametralladoras francesas, con cañones revólveres de sistema desconocido, que igualan, si no aventajan, a aquellos terribles elementos de destrucción.

Los periódicos alemanes se quejan del modo como Inglaterra observa las leyes de neutralidad. La Gaceta de Alemania del Norte dice:

«Los ingleses se proveen de cartuchos para matar a nuestros hijos. Este órgano de Bismarck pregunta, ¿qué sería el comercio de Inglaterra si los alemanes abandonasen Bélgica a los franceses? Cuando la guerra de Crimea Inglaterra se quejaba del comercio ilícito que hacíamos, dice: ¿cómo debemos calificar el hecho de que, junto a nuestra frontera, Inglaterra se transforme en arsenal de guerra para Francia, sin que a ello se oponga el Gobierno inglés?»

Mr. Ney, nieto del célebre mariscal de Francia (fusilado en los fosos del Luxemburgo durante la Restauración, militó en el ejército francés y se halla en Metz; precedente de Saint-Cyr, del cuya escuela acaba de salir.

El Nacional, periódico de París, ha sido procesado por dar noticias que pueden ser favorables al enemigo. Es el primer caso de aplicación de la ley llamada del silencio por la prensa francesa.

Dice un periódico que las tropas que deben operar en el Schleswig en el caso de que los franceses hicieran algún desembarco, se componen en su mayor parte de soldados bávaros y sajones, siendo estos últimos los que están más disciplinados y mejor instruidos; forman un total de 45,000 hombres de todas armas.

Los prisioneros badenses hechos por franceses en el encuentro con los cazadores del 12, han sido enviados hacia Orleans, donde serán internados.

En Baviera ha habido algunos desórdenes con motivo de la movilización de las tropas.

El 28 se publicó en Berlín el siguiente despacho oficial:

«Ayer mañana, un destacamento enemigo formado de tres compañías de infantería y ochenta caballos que marchaba por el lado de Forbach hacia Volkingen, atacó una columna del regimiento núm. 69 de infantería. El destacamento fue rechazado, perdiendo un oficial y ocho soldados. Por nuestra parte tuvimos un herido.

En todo el resto del día nada ocurrió a lo largo de la frontera».

El Gaulois publica un despacho de Copenhague, en el cual se dice que la neutralidad de Dinamarca reconoce por única causa el temor de un ataque repentino de Prusia y que durará poco tiempo, dando a entender que tan pronto como lleguen los franceses al Báltico cesará la neutralidad.

De una carta de París, de 29 del pasado, que publica El Tiempo, tomamos las siguientes noticias:

«En Prusia se continúan dando pruebas de verdadero furor contra Francia. El ayuntamiento de Osnabrode, en la Pomerania, ofrece 40,000 thalers de premio al prusiano que le entregue la cabeza del emperador Napoleón. Y que aun se vean estas cosas en la cuita Alemania!

«Como aquí se cree que M. Bismarck es capaz de todo, se ha dispuesto que los más hábiles agentes de la policía se trasladan al campamento, rodeen al emperador y sin bien su vista en todas las personas de aspecto siniestro que recorran la frontera».

Parece que se ha adoptado esta resolución a consecuencia de avisos dados por los agentes secretos que mantiene el Gobierno francés en la corte de Berlín.

He oído decir también que el mariscal Leboeuf ejerce cuidadosa vigilancia y ó varia con frecuencia los depósitos de materias explosibles, ó no permite que nadie se acerque a ellos, por haber tenido conferencias seguras de que Bismarck se ocupaba mucho en hallar el medio de volarlos.

«En el gran ducado de Baden se han dado órdenes terminantes para que sean constituidos en prisión todos los franceses que no abandonen el territorio alemán en el improrrogable término de doce horas. Téngase en cuenta que son muy numerosos los franceses dedicados al comercio y la industria en Baden, y se comprenderá cuán dura es y cuántos daños va a ocasionar esta medida. El general prusiano que hoy manda en Baden, teme sin duda que los franceses por ahora sirvan de espías, y más tarde, verificada la invasión, presten un poderoso auxilio a sus compatriotas».

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 1.º DE AGOSTO DE 1870.

ROMA.

I.

Roma es el objeto de las preocupaciones de todo el mundo. Cuando parece que la generación presente se gloria de haber rotto el hilo que la unía con las generaciones pasadas; cuando el positivismo utilitario domina en las escuelas, en el tráfico privado y en las esferas del Gobierno político de las naciones, Roma conserva el raro privilegio de llamar la atención pública y atraerse constantemente las miradas de amigos y de enemigos. Al nombre de Roma, la indiferencia se trueca en entusiasmo, y hasta los corazones más fríos y abatidos sienten ardor en el fuego consumidor del odio o en el fuego vivificador de la caridad y de la esperanza. Partidos y reinos enteros están en vísperas de ser vencedores o vencidos, de engrandecerse o de ser borrados de la categoría que ocupan en el mundo; el ingenio del hombre ha creado rayos que van a ser arrojados contra otros hombres; un gran cataclismo amenaza a Europa, y según como estalle se hará sentir también en otros continentes; y en ese estado general de los ánimos ha bastado una pequeña modificación en el modo de ser político de Roma para que escritores, particulares y Gobiernos hayan apartado la vista de los ejércitos inmensos formados a una y otra orilla del Rhin, de sus murallas de fuego preñadas de metralla y de todas las grandes cuestiones como si todas fuesen pequeñas e insignificantes al lado de la cuestión de Roma.

¿Que es, pues, Roma? ¿Cuál el fundamento de esta importancia especial que a sus cosas atribuyen así los que la aman como los que la combaten?

¡Ah! Roma es la ciudad eterna, según con expresión profética la llamaban los paganos; es la ciudad de los grandes destinos; es la sede del representante de Dios; es la madre de las Iglesias; es la capital de toda la nacionalidad cristiana.

II.

Las siete colinas sobre las cuales está fundada esa ciudad por excelencia, la ciudad de la cultura (*urbis*) por antonomasia, eran bosque poblado de fieras: los pueblos que habitaban a su alrededor apenas se atrevían a penetrar en él. Un día se refugiaron en sus breñas una partida de malhechores: delante de las cuevas naturales de la montaña se levantaron miserables cabañas; las cabañas se convirtieron en casas; las casas en palacios. Las mujeres sabinas llevadas con engaño y violencia, se enamoraron pronto de aquella naturaleza agreste y del ánimo esforzado de sus moradores. Rómulo al morir, no era ya un capitán de bandoleros, sino jefe de un Estado temible y respetable. Numa le da leyes, y tomando de las tradiciones primitivas lo que sabe o lo que le conviene, formula una religión acomodada al carácter del nuevo pueblo.

Los antiguos del Lacio no reparan en el peligro que crece rápidamente en medio de ellos hasta que no pueden impedirlo, y unos tras otros con más o menos fuerza se hacen en breve tiempo súbditos o aliados de Roma.

Parece que un soplo divino ensancha la ciudad y la república. Las águilas que puso en sus banderas levantan el vuelo por encima de las altas cordilleras que rodean la península y traspasan los mares que bañan sus costas. Las islas del Mediterráneo se hacen romanas; España lucha en vano contra la traición y la fuerza; Cartago también sucumbe, las naciones formadas con las provincias del imperio de Alejandro ceden una en pos de otra al empuje del águila montañesa del Capitolio adornándola con sus ricas galas. Grecia le regala su literatura, Egipto sus monumentos, el Asia su riqueza y su molición.

Roma es la capital del mundo conocido. En sus templos se da culto a todos los dioses; sus palacios son habitados por príncipes de todas las naciones; el título de ciudadano romano es el más ambicionado por los mismos héroes extranjeros; cuanto notable por riqueza o por su belleza la naturaleza engendra o produce el arte, va a parar a Roma; en sus calles se oyen todas las lenguas; los reyes no son allí más que ciudadanos, y los ciudadanos al salir de su Ciudad Eterna son respetados como reyes. Todo lo que no es romano, es bárbaro.

Ninguna ciudad alcanzó jamás el grado de poder y de esplendor que Roma.

III.

Pero Roma pagana lleva en su seno el gusano que carcomió a Nínive, a Babilonia y a tantas otras ciudades ricas y potentes. Roma, llegada al apogeo de gloria a que puede llegar una institución humana, siente decaer sus bríos desde el momento en que no le queda nada que ambicionar sobre la tierra.

Más; los pueblos que la orgullosa república despreció por bárbaros, empiezan a removerse, haciendo gala de sus fuerzas a la otra parte de las fronteras; ha nacido en su corazón un deseo indefinido de nuevos gozos, de más anchos dominios, y una voz misteriosa les dice: ¡Roma! Y al despertar un día se levantan y se ponen en camino de Roma, destruyendo cuantos obstáculos encuentran a su paso.

IV.

¿Podrá resistir Roma a aquel torrente de extrañas y enemigas gentes? Los ciudadanos romanos, hijos de tantos guerreros invencibles, reconocen su impotencia y se preparan a huir. Los ricos, los generales, el Senado y los emperadores están en los puertos pidiendo a las olas que se in-

terpongan entre ellos y los bárbaros que no saben todavía navegar.

¿Quién al ver tanto desastre y vergonzosa fuga no creerá que Roma va a perecer como las capitales de los antiguos imperios? ¿No parece que el instinto que la llamó eterna se engañó a sí mismo, o quizás burlarse de ella? ¿Será cierto que la Providencia, concurrendo con cuidado; tan especial a su engrandecimiento, solo tenía por designio el ofrecer a los mortales un argumento más patente de lo efímero de las grandezas de la tierra?

Pero no era así. Cuando Roma pagana comenzaba a decaer, formóse en su seno otra sociedad mejor que estaba destinada a suceder a la antigua con ventaja inmensa. Roma pagana no merecía el nombre de capital del mundo; Roma cristiana debía serlo con toda propiedad, imperando hasta las extremidades de la tierra. Aquella se engrandeció por medio de la traición y de la fuerza; esta debía hacerlo por la palabra y por la virtud. La primera dominaba únicamente sobre los cuerpos; la segunda debía dominar sobre los espíritus.

Los antiguos romanos no pensaban que su Roma era solamente un medio con que Dios preparaba el reino de la Roma cristiana; jamás conocieron toda la grandeza de sus destinos: llamábanla eterna, pero sin saber de dónde había de venir la eternidad.

A la manera que el diestro y vigilante jardinero deja cortar el tronco seco cuando el retoño que ha de sucederle tiene ya bastante vida, así Dios no consintió que los bárbaros destruyesen la Roma pagana; sino para que la Roma nueva, la Roma cristiana pudiese hacer ostentación de su virilidad sobrenatural y recrear el mundo con el aroma de las virtudes.

Atila y Genserico respetaron a los Papas, representantes del poder nuevo, y el mundo se salvó. Roma extendió su influencia saludable sobre los pueblos antiguos y modernos, sobre los civilizados y los bárbaros, formando de todos ellos un solo pueblo, pueblo inmenso, que se llamó cristianidad.

VI.

Sin embargo, Roma, hecha cabeza de la Iglesia, ha debido sufrir los ataques de todos los enemigos del nombre cristiano. De los emperadores de Constantinopla y Alemania cuántos conflictos le vinieron! Los herejes y malos cristianos cuántas amarguras le causaron! Cuántas veces ha estado a punto de perecer!

Pero no ha perecido nunca. En el momento en que el poder humano aparecía más potente y amenazador, una mirada de Dios lo derribaba en tierra; cuando Roma parecía más abandonada y lejana de todo humano socorro, Dios hacía más maravillosas manifestaciones de su poder y de su protección divina.

VII.

Tal es, en resumen, la historia de Roma. Más de veinte siglos lleva de existencia. Ninguna otra ciudad ha resistido a tantos y tan poderosos enemigos. Dios la ha salvado siempre; muchas veces por medio de milagros. La vida de Roma es un continuado prodigio.

VIII.

¿Lo habrá obrado Dios para entregar ahora a Roma en manos de Garibaldi o de Víctor Manuel?....

Solo el pensarlo envuelve una especie de sacrilegio.

Nos escriben de la frontera de España en Francia con fecha de ayer:

«Siguen las internaciones de carlistas y alfonosinos, a pesar de las recomendaciones de *La Epoca* para que se hiciese una excepción en favor de estos últimos. A quien se atiende en París es al señor Olózaga, que todavía no ha depuesto sus odios contra los Borbones. La colonia española de Biarritz, punto desde principalmente andan los moderados, va a desaparecer. Con motivo de estas medidas, la gente del país que hace su agosto con los españoles está que trina.

«Verdaderamente da pruebas de gran debilidad un Gobierno que por complacer a Prim, no titubea en disgustar a los pueblos franceses, ensañándose con personas inofensivas. Ahora menos que nunca se conspira, porque todo el mundo está a la expectativa de la guerra, previendo que de ella ha de venir el desenlace de la revolución española.

«El alfonsoismo tiene su apoyo en la emperatriz, la cual trata, según dicen, de casar al príncipe con una de las hijas del duque de Alba, sobrina, por consiguiente, de aquella augusta señora. El emperador no cree que en las circunstancias actuales esté España para niños, minorías y regencias. De aquí el empeño de los moderados en que se prolongue la interinidad, sea en la forma actual sea en otra, como por ejemplo, la proclamación de Espartero.

«Todo esto, sin embargo, es una locura; dentro de un par de meses, a lo sumo, la cuestión española se ha de resolver.

«Están pasando todos los días Obispos españoles que vuelven de Roma. Por ahora se conservará el Papa en la Santa Ciudad. Los garibaldinos harán alguna de las suyas; pero creo que las tropas regulares de Víctor Manuel los rechacen. Los garibaldinos en Roma proclamarían la república, y esto no conviene ni a Napoleón ni al rey del Piamonte.

«Después será otra cosa. Pero después, solo Dios sabe lo que vendrá. Esperemos.»

Con grande regocijo copia *La Epoca* del sábado párrafos de una correspondencia que inserta *El Imparcial*, en que se habla de una comisión de moderados que se acercó a la augusta señora des-

tronada en Setiembre a manifestarle la oportunidad de pedir a Napoleón cien mil hombres para poner a D. Alfonso en el trono. Doña Isabel parece que contestó mostrándose hostil a toda idea de fuerza; y añadiendo que si su hijo ha de ser algún día rey de España, que lo sea por la voluntad de los españoles, no por la imposición de los extranjeros.

La Epoca, que no ha vacilado en calumniar a D. Carlos diciendo que había ido a ofrecer su espada al emperador de Francia, quiere sin duda formar contraste favorable a doña Isabel presentándola, por boca de *El Imparcial*, como en actitud de rechazar una oferta de 400,000 hombres que le hace, no el emperador, sino una comisión de moderados.

Parece mentira que un periódico serio eche mano de semejantes pequeñeces para defender una causa que si ha de triunfar por la voluntad de los españoles, ya puede darse por enterada. Algo valdría la negativa de doña Isabel si se refiriese a un ofrecimiento hecho por Francia. Pero no es de lo más cómico que puede imaginarse renunciar generosamente la mano de Leonor, como D. Simplicio, el de *La Pata de Cabra*? Y aun puesto caso que el emperador francés ofreciese un cuerpo de ejército para traer a D. Alfonso, ¿cómo podría aceptarlo doña Isabel si está segura de que esto sería una demostración de la impotencia del alfonsoismo, y de que España, que recibió con alborozo la intervención de los franceses cuando libraron al rey legítimo D. Fernando de las garras de los liberales, rechazaría indignada la imposición de un príncipe en cuya persona se reúnen todas las funestas tradiciones de la madre y todas las tristes seguridades de un porvenir infasto labrado por el inmoderantismo y la pernicioso influencia de doña Isabel y doña María Cristina de Borbon, ambas de infeliz memoria para la política de este país?

Pero *La Epoca*, no contenta con poner de realce el españolismo de doña Isabel, a la cual, después de todo, aquel periódico no quiere por reina, replicando a un párrafo de *El Pueblo* dice que *La Epoca* ha defendido siempre la soberanía nacional, la unidad, el derecho dinástico, y por eso no quiere la guerra civil, en lo cual está conforme con los sentimientos de doña Isabel.

Si *La Epoca* supiera, o mejor dicho, si no olvidara de intento lo que es derecho dinástico y lo que es soberanía nacional, no caería en el enorme error de defender la unión de estas dos ideas contradictorias. Es como si *La Epoca* abogase por el derecho de propiedad, pero procurando conciliarlo con la libertad del latrocinio, y más propiamente todavía, con el derecho de los ladrones de desvalijar al propietario. En tan garrales disparates cae el doctrinarismo muerto ya afortunadamente en el terreno de la ciencia.

Respecto del horror a la guerra civil, solo diremos a *La Epoca* que doña Isabel y los suyos no intentan nada con las armas en la mano, por la sencillísima razón de que no pueden. Entre soldados y paisanos difícilmente reunirían una compañía, y con esto no hay bastante para llevar a cabo una restauración.

Todo el patriótico sentimentalismo de los alfonsoistas está explicado por esta palabra terrible para ellos: impopularidad.

Despachos de origen prusiano habían dado la noticia de la violación del territorio de Luxemburgo por los franceses; despachos posteriores dicen que la supuesta violación se ha reducido a la entrada de varios soldados sin armas a comprar tabaco.

En nuestro sentir es probable que si no ha sido todavía violado el Luxemburgo, no tarde mucho en serlo por una u otra de las partes beligerantes. La posición de los ejércitos, con respecto a aquel país, lo hace sospechar: porque es indudable que en un momento dado, pudiera ser grandemente provechoso para ambos contendientes el paso del ducado. Los prusianos podrían caer con facilidad sobre el ala izquierda del ejército francés, apoyada, según lo más probable, en Thionville y Metz; los franceses por su parte, atacarían en igual caso el flanco izquierdo de los prusianos, y sin grandes dificultades, podrían caer sobre alguna de sus plazas fuertes.

Estas ventajas eventuales son harto tentadoras para que la neutralidad del Luxemburgo sea respetada.

Los luxemburgueses, comprendiendo que están expuestos a una invasión, se dan gran prisa a demoler sus formidables fortificaciones, que pudieran ser un incentivo más a los beligerantes. Últimamente han votado una suma de 500,000 francos para apresurar los trabajos de la demolición. Dá lástima, dice una carta de Luxemburgo, ver caer las piedras de esta ciudadela, una de las más fuertes de Europa, asediada sucesivamente por los duques de Borgoña, los franceses y los imperiales, y recordada por los franceses a fines del siglo pasado, después de ocho meses de sitio.

Leemos en *La Epoca*:

«El PENSAMIENTO ESPAÑOL nos dice a vueltas de tal cual sandez maliciosa, que si D. Carlos de Borbon solicitó ser admitido como voluntario en el ejército francés, consintió en que necesitaba aprender a ser soldado.

De modo, que el gran general de los carlistas, el rey de hierro y el conquistador, el que reemplazó a Cabrera en la dirección general de las operaciones, resulta ahora que necesita ir a la escuela. Cada vez va siendo más lisonjero el porvenir del carlismo.»

Seremos todo lo sándios que quiera *La Epoca*, pero nunca lo bastante para dejarnos confundir por la vana palabrería del diario de la calle de las Torres.

Nosotros no hemos dicho «que si D. Carlos de Borbon solicitó ser admitido como voluntario en el ejército francés, consintió en que necesitaba aprender a ser soldado.» *La Epoca*, sin embargo, así

lo afirma, y afirmar una cosa que se sabe que es falsa, no es sandez, sino otra cosa.

La imparcialidad no nos permite calificar tampoco de sandez la bafa que hace *La Epoca* de un valiente que con riesgo de su vida quiere aprender el arte de la guerra tan necesario para los reyes, cuando la fuerza y no el derecho predomina en la sociedad moderna. Verdad es que *La Epoca* no ignora que la misma pretensión que D. Carlos ha tenido multitud de príncipes y generales de Europa y de América, pero ¿qué le importa a ese pedidisco reirse de esos príncipes y generales en la persona del duque de Madrid, cuando diariamente se rie de sí mismo con sus continuas inconsecuencias y contradicciones?

Siga, siga, pues, *La Epoca* atacando al partido carlista de la manera poco envidiable que lo hace, que acaso llegue día en que no lo encuentre tan malo. Por vicisitudes de esta clase ha pasado con frecuencia el diario de la calle de las Torres.

Escrito el párrafo anterior hemos leído en una correspondencia de París, que publica *El Tiempo*, las siguientes líneas, que recomendamos a *La Epoca*:

«He leído, en una carta de Bruselas, que era esperado allí el gran duque Wladimiro, el segundo de los hijos del emperador de Rusia, desde donde se dirigirá al Rhin, con el objeto de asistir a las operaciones militares para completar su educación. El archiduque figurará en el estado mayor prusiano. En cambio, uno de los hermanos del emperador de Austria, seguirá al ejército francés. El príncipe de Gales desea igualmente seguir las operaciones, a pesar de la fuerte oposición de la reina Victoria.»

Para esta noche a las diez está citada la comisión permanente de las Cortes que ha de decidir si se reúne o no la Asamblea Constituyente como lo desean los republicanos y sobre todo los unionistas, en vista de la gravedad de las circunstancias en que se halla Europa.

Los propósitos del Gobierno en este asunto son, al decir de *La Correspondencia*, abandonar a la comisión para que lo resuelva libremente. Pero no cree lo mismo *La Política* para la cual es cosa resuelta que las Cortes no se reúnen. Hé aquí sus palabras:

«Están plenamente confirmadas cuantas noticias dábamos ayer acerca de las causas por que se había aplazado para el lunes la reunión de la comisión permanente de las Cortes que debía celebrarse esta noche.

Todos los diarios de la mañana no ministeriales convienen en que el Gobierno no ha estimado conveniente el que la comisión permanente se reuniera esta noche bajo la presidencia del Sr. Madrazo y en que ha enviado a llamar por telegrama al Sr. Ruiz Zorrilla para que presida la reunión del lunes, si es que la hay, cosa de que duda *Las Novedades*, periódico siempre bien enterado de las interioridades del Congreso.

Nosotros también dudamos, y más desde que sabemos que algunos individuos de la comisión permanente opinaban por que a la reunión asistieran taquígrafos para tomar los discursos de los 160 diputados próximamente que habrían concurrido al debate, el cual habría podido durar algunos días y constituir una especie de legislatura de verano.

Previendo así el Gobierno, en el Consejo de ayer se acordó aplazar la reunión para el lunes, hacer entretanto todo lo posible para evitarla ese día, ora procurando que no venga el Sr. Ruiz Zorrilla, ora influyendo los amigos del Gobierno para que se marchen algunos miembros de la comisión permanente, y en último extremo hacer cuestión cerrada la no convocatoria de las Cortes.»

La Correspondencia, sin embargo, insiste anoche en que el Gobierno deja la resolución del asunto a la comisión de las Cortes.

Sea de ello lo que quiera, parece indudable que si bien a la reunión de la comisión asistirán los diputados que gusten, estos abandonarán el local antes de que aquella determine: tampoco parece que asistirán taquígrafos, como se había anunciado, ni presidirá el Sr. Ruiz Zorrilla, quien se ha negado a venir a Madrid por falta de salud.

Desfilan amargura las siguientes líneas que escribe *La Política* en contestación a otras de *La República Ibérica*:

«En efecto: algo traen entre manos los unionistas, algo grave, gravísimo: traen el pensamiento de que la revolución no acabe de hundirse en la sima de la impotencia y del descrédito; traen el propósito de que a la complicación de los sucesos interiores no se una la complicación de los sucesos exteriores a que estamos abocados; traen la preocupación de que el estallido de unos y otros sucesos no nos coja desprevenidos y en medio de él peligen los más caros intereses de la patria. Y para llevar adelante este complot misterioso y terrible, los unionistas desean ardentemente, abogan fervientemente por que se reúnan cuanto antes las Cortes Constituyentes. ¿Cabe intriga más vasta, complot más tenebroso? Quizá y sin quizá, el regente, en vez de pensar en las trivialidades a que lo supone entregado *La República Ibérica*, piense en su elevado patriotismo lo mismo que piensan los unionistas; quizá y sin quizá, no haya entre uno y los otros el acuerdo anticipado que supone *La Correspondencia* en la fórmula ministerial con que encabezamos este artículo.

Pero, esto no obstante, es casi seguro que ese acuerdo se establecerá; es casi seguro que los ministros tienen ya acordado lo que el regente ha de aprobar; es casi seguro que S. A. lo aprobará todo. ¿Cómo podía ser otra cosa, dado su carácter; dado su patriotismo, dada su situación, dada su falta de atribuciones y de medios para hacer lo que debería hacer un regente verdadero?

A las anteriores líneas de *La Política* contesta *El Imparcial* lo siguiente:

«Y qué decir de la última especie lanzada por el diario montpensierista sobre la convocatoria de las Cortes? ¿Pueden ni S. A. ni el Gobierno decidir en este asunto? ¿No es de la exclusiva competencia de la comisión permanente? ¿Por qué, pues, habrían de existir diferencias entre S. A. y el ministro, si ambos se hallan bajo la autoridad de las Cortes Constituyentes, representadas para la cuestión por la comisión de permanencia?

En resumen, los montpensieristas llevaban un doble juego que vamos a poner en claro en dos palabras.

Suscitar diferencias entre S. A. el regente y el ministro, para provocar una crisis que diera entrada en el poder a los elementos montpensieristas. Convocar inmediatamente las Cortes bajo la iniciativa del nuevo Gabinete, contando también con ella para decidir a la mayoría de los diputados a votar el impetuoso candidato.

Descubierto el juego, fácil es adivinar quién ganará la partida.»

En efecto, los unionistas la han perdido.

Según *El Imparcial*, parece que en el Consejo de ayer se acordó aplazar la publicación del decreto de amnistía que se esperaba de un momento a otro.

El periódico cimbrio ignora las razones que haya tenido el Gobierno para tomar esta determinación; pero sospecha que han de fundarse en la actitud belicosa de los carlistas, como lo prueba la abortada conspiración de Cartagena. Por esto, *El Imparcial*, cree que debe concederse la amnistía a los republicanos, de cuya sensatez hace grandes elogios aquel periódico, y exceptuarse a los carlistas.

Esta excepción que probaría la fuerza del carlismo y el odio que el Gobierno le profesa, sería tan impolítica como injusta. Si no se presentan más pruebas de la actitud belicosa de los carlistas que la supuesta conspiración de Cartagena, bien puede asegurarse que los carlistas no piensan en hacer armas contra el Gobierno.

En cambio *El Imparcial* debía recordar que no hace mucho tiempo el directorio del partido republicano escribía una circular recomendando a los suyos que estuviesen dispuestos para una eventualidad, y a la vez los republicanos emigrados en Portugal pedían la amnistía en estos términos:

«Republicanos federales: ó todo ó nada; union es fuerza; hagamos la postrema heroicidad y triunfemos de una vez para siempre de tantos ambiciosos.

Alerta, pues, y arma al brazo. No más revueltas; no más tiranías: ó la república federal, que será la paz europea, ó la muerte, que será la honra del pueblo español. ¡Alerta! ¡alerta! ¡alerta!

Aunque fuera verdad, como dicen los periódicos franceses, que el Gobierno italiano se ha comprometido a respetar el territorio pontificio, a nadie seguramente causará extrañeza ver una nueva perfidia en quien ha cometido tantas. No; ningún católico descansará en la palabra del Gabinete de Florencia, puesto caso que la haya empeñado: los reyes y ministros revolucionarios no tienen palabra: eso se quedaba para los tiempos de oscurantismo, en que no había doctrinas para legitimar todas las iniquidades y villanías. Recuérdese la historia de la anexión de Nápoles, y dígame si alguna vez se han cometido tantas infamias y crímenes, y si es posible ver más deshonrada la dignidad real.

Lo pasado, pues, nos da la medida de lo futuro; y, por otra parte, ya vemos síntomas que dan alguna luz sobre las intenciones del Gabinete de Florencia. En los periódicos italianos leemos el extracto de la sesión celebrada el 25 de Julio en el Congreso florentino, y encontramos en él una cosa singular. Un diputado preguntó al ministro Lanza qué medidas iba a tomar el Gobierno para reprimir el bandolerismo en la Calabria, y el ministro dijo que se iba a establecer un cordón militar en la frontera pontificia!

¿Qué tiene que ver la Calabria con los Estados Pontificios? ¿Cree el ministro, pregunta con mucha razón *L'Unità*, que un cordón militar en Susa impediría que Turín fuese invadida por los ladrones de Florencia? ¿Lástima que al Sr. Rivero no se le haya ocurrido hacer lo que al Sr. Lanza, para acabar con los bandidos de Andalucía. Si hubiera puesto un cordón militar en las Provincias Vascongadas, no quedaría a estas horas un ladrón en Sevilla. ¡Qué ingenio tiene el Sr. Lanza!

Los bandidos, que son mal crónico en todo el territorio italiano, excepto en los Estados Pontificios, van a servir de pretexto al Gobierno de Florencia para acercar las tropas a Roma. La sana intención de esta medida no es difícil de adivinar. Roma está, pues, en una de las situaciones más críticas y apuradas porque ha pasado: no tiene socorro humano de ninguna clase: confíemos en el divino.

El *Gaulois*, presumiendo de bien informado, dice lo siguiente que creemos necesita confirmación, pero que no nos parece descabellado:

«Noticias de buen origen nos permiten anunciar que la alianza condicional de Francia y de Italia es ya un hecho consumado.

Esta alianza, que no será ofensiva sino en el caso en que se produzcan ciertas circunstancias, ha sido concluida mediante una indemnización de 60 millones de francos que Francia pagaría a Italia, y la promesa de dejar libre la acción de esta potencia para establecer su capital en Roma, si el voto de los romanos se declaraba por la anexión.»

Desde ahora se puede asegurar que si llegara este caso, aunque el pueblo romano ama entrañablemente a su santo rey, Víctor Manuel tendría más votos todavía que habitantes hay en el territorio pontificio: de estos portentos sabe hacer muchos la revolución que no se detiene ante el crimen ni ante la baja.

El *Parlement*, al contrario que el *Gaulois*, dice que hay un acuerdo relativo a la cuestión romana. A ser ciertos los informes de aquel periódico, Francia y Prusia protegerían en adelante el poder temporal, ocupando la ciudad Eterna fuerzas de las dos naciones, hasta que, terminada la guerra actual, el problema fuese resuelto por un Congreso europeo. Como medio de satisfacer a los italianos, estos darían la guarnición a Civita-Vecchia, también durante la lucha.

Es cierto lo que dice el *Gaulois* ó lo que dice el *Parlement*, ó no lo es ninguna de las dos cosas? El tiempo dirá.

La natural curiosidad hace que todo el mundo conjeture y pregunte cuál será el territorio en que se romperán las hostilidades, y por donde pasarán los franceses el Rhin caso de serles favorables los primeros encuentros, ó los prusianos la frontera francesa. Nosotros no presumimos de entendidos en la estrategia ni conocemos el plan ni las condiciones de la guerra, dadas las nuevas armas que han de introducir grandes modificaciones en el arte militar: pero atendiendo a la posición geográfica de los ejércitos y a la naturaleza del territorio, algo fundado se puede conjeturar.

La frontera N. E. de Francia, comprendida entre Thionville y Estrasburgo, parece el sitio natural de ataque y de defensa; así lo indica, por otra parte la concentración del ejército francés entre las dos mencionadas plazas. Cuando el territorio de Bélgica perteneciera a los franceses, el país de Flandes, llano, fértil, lleno de caminos y cercano de París, era el gran campo de batalla de Francia. Multitud de victorias y derrotas acaecidas en este país como Fontenoy, Jemmapes, Heurys, Rancous, Oudenarde, Waterloo y mil otros nombres unidos a la historia militar de Francia lo prueban; así como los sitios sostenidos por las plazas del Norte Lila, Arras, Cambrai etc. etc.

Hoy la interposición de países neutrales entre la frontera N. de Francia y los alemanes, hará cambiar necesariamente los campos de batalla Francia encuentra estos países, que Thiers comparó a balas de algodón colocadas entre dos Estados para amortiguar su choque, no sólo en la frontera del N. que confina con Bélgica y Luxemburgo, sino también en la de E. donde Suiza impide el paso del Rhin.

Por esta parte, pues, no harán nada los franceses, quedando limitada su acción desde Basilea hasta Luxemburgo. Pero por la frontera del Rhin, tampoco intentarán nada los franceses, es decir, de Basilea a Lauterburgo, porque la naturaleza presenta tales asperezas y dificultades, que harían muy costosa la guerra y poco ventajosa. Los franceses atacando por este lado, se encontrarían primero el Rhin, cuyo paso ofrecería grandes peligros, después las intrincadas montañas y angosturas, y oscuros bosques y desfiladeros de la Selva Negra, que atraviesa de N. a S. el ducado de Baden, y por último, plazas fuertes.

Cosa parecida acaecerá a los prusianos, si invadieran el territorio francés por este lado. Pasado el Rhin, se encontrarían atajados por las montañas de los Vosges y por multitud de fortalezas, teniendo además, gran dificultad de comunicaciones con sus países.

Queda, pues, la frontera N. E., entre Estrasburgo y Thionville, la cual es casi seguro que será el principal campo de batalla. Los franceses la tienen defendida por multitud de plazas fuertes, en frente de Maguncia y Coblenza; y por este lado, tendrían la ventaja de encontrar y batir al enemigo sin necesidad de pasar el Rhin. Los prusianos, por su parte, hallarían más fácil y corto el camino de París, una vez derrotados los franceses.

Las plazas fuertes tanto alemanas como francesas, están unidas por ferro-carriles estratégicos, que permiten concentrar rápidamente las fuerzas sobre un punto amenazado. Así es difícil que haya sitios largos, porque se pueden reunir los ejércitos en un solo campo de batalla y decidir en breve tiempo la suerte de la contienda.

Pocas son las noticias que tenemos acerca del Consejo de ministros celebrado ayer tarde. Verdad es que hasta ahora, ni los mismos periódicos ministeriales saben con exactitud lo que trataron y resolvieron los ministros presididos por el regente. Así, interin *La Correspondencia* asegura que el Gobierno resolvió dejar a la comisión permanente de las Cortes la resolución de si estas habían o no de ser convocadas, *El Imparcial* afirma que el ministerio y el regente opinaron por la no reunión de la Asamblea.

Y por cierto que el diario democrático se desahoga en alabanzas del regente, porque «en la más ligera manifestación de disidencia turbó por un instante la gravedad del debate», dando S. A. «muestras de su patriotismo, y de que sabe comprender los altos deberes de su cargo.» Como se ve, *El Imparcial* dice del general Serrano, después de celebrado el Consejo, lo que *La Política* había dicho la víspera de que el Consejo se celebrase.

Si conocerá el diario unionista al duque de la Torre! Verdad es que *La Política* tenía un dato para creer que el regente se sometería por completo al parecer del Consejo de ministros. En efecto, ya *La Correspondencia*, en su afán de adelantar las noticias, había dicho hablando en profección del célebre Consejo de ministros, que era casi seguro que todo quedaría aprobado por S. A. Y *La Correspondencia* no se ha equivocado si son exactas las siguientes noticias de *El Imparcial*:

Bajo la presidencia de S. A. el regente, dice, tuvo lugar ayer tarde el Consejo de ministros sobre el que tan diversos comentarios se habían hecho, aun días antes de verificarse, y anoche mismo después de terminado.

Sin que pretendamos tener completa seguridad acerca de los asuntos que fueron sometidos a la deliberación de dicho Consejo, creemos que en él se trataron con preferencia las siguientes cuestiones: La reunión de las Cortes.

La amnistía.

Las explicaciones del Gobierno del emperador sobre las frases que hacen referencia a España en la circular de M. de Gramont.

Empezaremos haciendo constar que, según nuestras noticias, ni la más ligera manifestación de disidencia turbó por un instante la gravedad del debate, y que S. A. dió muestras de su patriotismo, y de que sabe comprender los altos deberes de su cargo.

Como consecuencia de esta, y aún más la opinión de todos los individuos del Gabinete, parece que no se consideró necesaria por ahora la reunión de las Cortes, resolviendo manifestarlo así en el seno de la comisión permanente, para que esta, en su vista, adopte el acuerdo que juzgue oportuno.

Respecto a la amnistía, aunque acordada en principio, parece que se consideró conveniente aplazarla en los actuales momentos.

Las honrosas y terminantes explicaciones que por conducto de nuestro embajador en París ha dado el Gabinete de las Tuillerías acerca de las palabras de M. de Gramont, dejaron satisfechos los deseos del Gobierno, por considerar aquellas más que suficientes para satisfacer la dignidad nacional.

También, aunque muy vagamente, oímos decir que el Consejo se había ocupado de una nota dirigida a nuestro Gobierno por el Gabinete de Washington, sobre reclamaciones amistosas para indemnizar a varios súbditos americanos expulsados de Cuba con motivo de la insurrección.

Las personas, pues, que según *El Tiempo*, habían detenido su marcha de Madrid, en la inteli-

gencia de que en el Consejo de ayer tarde se planteara una disyuntiva entre dos grandes entidades de la situación, pueden marcharse cuando gusten, si no lo han hecho. Por de pronto el duque de Montpensier se fué anoche, si hemos de creer a *El Imparcial*.

Sabido es que en Roma se pensó meses hace en suspender el Concilio durante la época de los fuertes calores, y en autorizar a los señores Obispos para que abandonasen temporalmente la Ciudad Santa; nadie tampoco ignora que antes de declararse la guerra entre Francia y Prusia, y cuando ni temores había de que Roma fuese abandonada por las tropas francesas, se suspendió de hecho el Concilio, y los Padres regresaron en gran número a sus diócesis.

Júzguese con estos antecedentes la conducta de un periódico revolucionario que hoy escribe que el Concilio ha concluido como el rosario de la aurora, y que los Padres han escapado de Roma tan pronto como llegó a su noticia la orden de abandonar el territorio pontificio comunicada a las tropas francesas.

Ni la pasión política, ni el odio a santas instituciones, ni el desprecio al verso siempre derrotado, autorizan al escritor impío para usar de esas armas en contra de la Iglesia y sus ministros. El escritor que tal hace falta a sus lectores, y se convierte en involuntario panegirista de la Religión católica. Algo de grande y aun extraordinario debe de tener esta institución divina aun para sus mismos enemigos, cuando estos para herirla tienen que echar mano de notorias falsedades.

Y si esto acaece tratándose de sucesos del día, de sucesos universalmente sabidos, ¿quieren decirnos nuestros lectores qué será la historia en manos de esos escritores?

El Eco de España al anunciar que el Gobierno español se ha negado a mandar refuerzos a Caballero de Rodas, dice que esta negativa obedece a proyectos que tiene el ministro de Ultramar y que en su día darán los resultados que éste apetece.

El Imparcial desmiente que el general Caballero haya pedido refuerzos, y añade, sin embargo, que el Gobierno está dispuesto a enviar de una vez 42 ó 45,000 hombres que ocupen militarmente el país y acaben con los restos de la insurrección.

En cuanto a los proyectos del ministro de Ultramar, el diario cimbrio, que en tocándole a uno de los suyos se lamenta como si le tocaran las niñas de sus ojos, desafia al *Eco de España* a que manifieste aquellos proyectos, amenazándole con calificar como merecen sus insinuaciones si no lo hace.

Ignoramos lo que ha querido decir el periódico moderado, pero parece deducirse de sus palabras, que el ministro piensa entrar en negociaciones con los insurrectos, visto que no hay modo de acabar con ellos, ó acaso trate de vender la isla de Cuba para que se cumpla aquel famoso dicho de Prim de hallar dinero que no cuesta dinero.

No entendemos que puedan significar otra cosa las insinuaciones del *Eco de España* respecto de los proyectos del Sr. Moret y Prendergast.

Frases de interpretación dudosa dice *El Imparcial* que son las que el ministro de Negocios extranjeros en Francia, estampaba en su circular al referirse a la candidatura Hohenzollern para el trono español.

Gramont decía que se trataba de arrancar por sorpresa a las Cortes un voto favorable al prusiano, por quien España no ha manifestado simpatías de ningún género.

Muy raro de entendimiento ha de ser quien interprete dudosamente estas palabras de Gramont altamente despreciables para el Gobierno de Prim.

Lo que hay es que este Gobierno al pedir explicaciones a Francia, lo hace temblando de miedo de que Gramont se mantenga en su trece, porque si se mantiene, el bravo marqués de los Castillejos tragará saliva, y pondrá cristianamente el otro carrillo para recibir el segundo bofetón.

Y luego in continenti

Caló el chapeo, requirió la espada.

Miró al soslayo, fue... y no hubo nada.

Los periódicos ministeriales tienen especial empeño en convencer al público de que las relaciones de España con Francia no pueden ser más íntimas ni más cordiales.

Esos periódicos se callan que aún eran más íntimas y cordiales las relaciones que España tenía con Prusia la víspera de declararse la guerra.

Convengamos en que la diplomacia del Gobierno español no tiene precio. Seguro como puede estar de haber disgustado seriamente a Napoleón, no se halla el infeliz sin ponerse a mal con el rey Guillermo.

La fortuna es que, como decíamos días atrás.

Si bien general nos dan, buenas insulas nos cuesta, y adelante.

El Imparcial publica hoy el siguiente despacho:

BRUSELAS, 30 (a la una y cincuenta y cuatro minutos de la tarde; recibido en Madrid a la una y treinta y cinco minutos de la madrugada de hoy 1.º de Agosto).—El lunes, lo más pronto, se pondrá el general Lebon a la cabeza del ejército en Metz.

Es poco probable que la gran batalla tenga lugar antes de dicho día.

Dice una carta de París:

«Viernes, 29 de Julio de 1870.—Nadie ha hecho caso de la noticia que empezó a circular a cosa de las tres, de haber muerto el mariscal de Mac-Mahon, al tiempo de pasar el Rhin al frente de su cuerpo de ejército. Este rumor se ha extendido por los cuatro ámbitos de la capital. Yo no sé de dónde habrá venido. Acabo de ver en una embajada varios periódicos belgas de esta mañana temprana, y he tenido ocasión de conversar con una persona que ha estado hace poco en el ministerio de Negocios extranjeros, y ni por uno

ni por otro conducto se deduce que haya podido suceder semejante acontecimiento.

Repito de nuevo que no se habla de otra cosa en este momento.

Los miembros de la embajada china, que deben encontrarse en Madrid procedentes de París, parece que han dirigido a Mr. de Gramont una carta anunciándole su salida para España, y haciéndole presente la profunda pena que les han causado los acontecimientos de Tien-Ssin y la confianza que tienen de que el enviado extraordinario que manda a Francia el Gobierno de su país sabrá zanjar del mejor modo posible este triste asunto.

Al mismo tiempo el *Times* llegado ayer trae una noticia de Shanghai, haciendo constar que el desgraciado cónsul de Francia ha muerto mostrando un valor extraordinario, habiéndose presentado a defender el pabellón en uniforme de toda gala.

Las hermanas de la Merced fueron bárbaramente atropelladas y muertas.

Ayer se verificó una de las manifestaciones de obreros que estaban anunciadas para pedir que cesase la interinidad. La reunión, según un diario noticioso, tuvo efecto en la plaza de Oriente, y recorrió las calles del Arenal, Puerta del Sol, calle de Alcalá, hasta el Dos de Mayo, donde se disolvió la manifestación con el mayor orden. Los lemas de los estandartes que llevaban los manifestantes son los siguientes:

«Fraternidad obrera! ¡Desamamos trabajo! ¡Tenemos hambre! ¡La interinidad nos mata! ¡Constitúyase la nación! ¡La virtud está en el trabajo! ¡Trabajad y comeréis! ¡Cese la interinidad! ¡Cuestión de hambre! ¡Pan y trabajo!»

Al mismo tiempo los periódicos republicanos han publicado un anuncio que se ha fijado además en las esquinas, en que se declara que la susodicha manifestación nada tiene que ver con la que se tenía preparada, suspendiéndose la del Pueblo que tiene hambre, hasta el próximo domingo 7 del actual. ¿A qué situación hemos llegado!

He aquí las únicas noticias que anoche publica *La Correspondencia* sobre el Consejo de ministros presidido ayer por el regente:

«A las siete de la tarde entraba aun el Consejo de ministros que ha empezado a las cuatro y media.

Por lo que hemos podido vagamente averiguar, el Gobierno dejó a la comisión de Cortes decidir si habrían de reunirse o no las Cortes Constituyentes.

Es probable que la cuestión de amnistía no quede aun resuelta.

Según el mismo periódico hasta después de la reunión de esta noche no se decidirá si ha de regresar o no a la Granja el regente.

Cuando la anunciada amnistía se conceda, dice por último *La Correspondencia*, será tan amplia y general que ningún partido podrá quejarse.

Según dice un periódico, parece que el Sr. Moret Benítez, ex-gobernador de Madrid, ocupará la vacante que ha dejado en el Consejo de Estado el señor D. Antonio Mantilla.

Leemos en los periódicos:

«El conocido republicano D. Fermín Salvóchea parece que irá a Cuba a tomar parte como voluntario en las operaciones. Así se asegura con referencia a cartas suyas.»

Al mismo tiempo, por uno de los juzgados de Cádiz se llama en la *Gaceta* a D. Fermín Salvóchea y Alvarez, para que comparezca, a fin de recibirle indagatoria en la causa por extracción de armas de fuego al maestro armero de carabineros, el día 11 de Diciembre de 1868.

Parce que antayer celebró una larga conferencia con el señor ministro de Estado el Sr. Mercier, embajador de Francia.

La escuadra española del Mediterráneo, que va a las Baleares, al pasar por Cádiz será aumentada con la fragata blindada *Resolución*, que se prepara al efecto.

Decía anteanoche *La Política*:

«Los ministeriales dan grande importancia a la conferencia que anoche celebró con el regente el brigadier Topete.

Ni esta conferencia duró tanto como suponen, ni se trató en ella de los asuntos que los alarmistas fingían creer.

Lo que si es verdad es que apenas llegó S. A. a Madrid mandó llamar al ilustre marino, cuyo heroico comportamiento en Cádiz tanto contribuyó a crear la situación que ahora monopolizan cimbrios y progresistas.»

Por despachos telegráficos recibidos ayer de Cuba se sabe que nada de particular ocurre en aquella Antilla, siendo satisfactorio el estado de las operaciones que se ejecutan contra los insurrectos.

Dice un diario noticioso que hoy a las tres de la tarde tendrá lugar en el ministerio de la Guerra, con la solemnidad de costumbre, la presencia del ministro portugués, caballero D'Acosta, por no estar aún terminadas las obras en el de la regencia.

Según *La Correspondencia*, hoy definitivamente, a las diez de la noche, se verificará la reunión de la comisión permanente de las Cortes.

Leemos en el mismo periódico:

«El Sr. Figueroa parece que se propone nivelar hasta Enero último a todas las clases pasivas cuyos haberes se hayan consignado en las cajas de las provincias. Al efecto nos dicen que ha dado las órdenes oportunas para que se les abone a las mismas una mensualidad, y caso de que con esto no se hallen al nivel que las demás provincias, se les satisfagan las que correspondan hasta Enero último.»

Entre tanto las clases pasivas se mueren de hambre, y ayer anunciaron algunos periódicos haber fallecido de necesidad la maestra de un pueblo de la provincia de Palencia.

Según *La Correspondencia*, los telegramas que recibe de París el Gobierno son satisfactorios y vienen a confirmar nuevamente las noticias que ha dado de que las palabras del Sr. Gramont acerca de la conducta del Gobierno español en la cuestión de candidatura tendrán la explicación más favorable que puede desearse.

«El emperador y el Gabinete francés, añade, tie-

nen vivos deseos de conservar las buenas relaciones de España.»

«Querá decírnos el diario noticioso que significan los aprestos militares que en grande escala hace el Gobierno francés en Bayona?»

La Correspondencia anda aun a vueltas con la manoseada nota, no conocida aun, del Gobierno español al francés.

Según el susodicho periódico, anteanoche debió celebrar el Sr. Olózaga una conferencia con el señor Gramont para obtener contestación a dicha nota. Pero no puede saberse por qué en estos tiempos de publicidad no ve la luz el trabajo diplomático del Sr. Sagasta, tan incensado por la prensa ministerial?

En vista de la anarquía administrativa que reina en la mayor parte de los pueblos de España, cuyos ayuntamientos no saben dónde hallar recursos para hacer frente a las necesidades municipales, anuncia un diario oficioso que para el 31 de Agosto, en virtud de las energías y atinadas disposiciones del señor ministro de la Gobernación, debe estar organizada de un modo definitivo la Hacienda municipal en todos los pueblos de España, debiendo quedar establecidos los recursos permanentes que cada ayuntamiento haya arrojado dentro de la ley.

Es de advertir que en muchos pueblos se hallan restablecidos los consumos, tan anatematizados por los revolucionarios, y en algunos de ellos notablemente recargados los artículos de primera necesidad.

El estado de inseguridad de Madrid es de día en día más alarmante. Véase en prueba de ello lo que dice ayer *La Igualdad*:

«Ayer, al anochecer, asesinaron a un sugeto en la Puerta del Sol, a la entrada de la Carrera de San Jerónimo, delante de más de trescientas personas. El agresor se escabulló muy tranquilo, sin ser perseguido. No pareció un solo agente de orden público; pero en cambio había muchos descansando reposadamente a poca distancia.

A la misma hora, poco más o menos, en la calle de Alcalá delante del café Suizo, fue apaleado un sugeto al parecer militar, el cual tuvo que refugiarse en el café, para librarse de la furia de sus perseguidores.

En la calle de Sevilla hubo también otro tumulto ó escena parecida a la anterior, provocada, según se ha dicho, por un caballero... de industria.

En la plaza de... no queremos continuar la crónica, porque la materia es desagradable; y para disgustos, con los que nos dá el Gobierno hay de sobra para fastidiar a cualquier prójimo.»

Aludiendo, sin duda, a estos atentados, dice anoche *La Correspondencia*:

«Anoche entre ocho y nueve fue herido mortalmente en un costado, en la Puerta del Sol, un sugeto conocido por el apodo de Levita, por otro que huyó. El herido fue curado en la casa de socorro de la calle de Capellanes, desde donde fue trasladado al hospital de los Puntos, en cuyo establecimiento acaso haya muerto, pues esta mañana daba muy pocas esperanzas de vida.

Tanto en este como en los demás sucesos que tuvieron lugar anoche y esta mañana ha intervenido el juez del distrito de Palacio Sr. Yague con el escribano Sr. Zorayas y demás dependientes del juzgado del Congreso.»

Según *El Tiempo*, parece que han surgido serios disgustos en el seno del ministerio, con motivo de la separación del Sr. Mac-Crohon del cargo de comandante general del departamento marítimo de Cádiz.

Dice un periódico:

«Excita poderosamente la atención de los hombres políticos el que anteanoche haya estado ocupado largo tiempo el telégrafo en transmitir un parte del señor Olózaga al Gobierno.

Se cree relativo a la nota Gramont, y no falta quien añada que, refiriéndose a esa nota, lanza, sin embargo, notas más altas.»

Dice *El Imparcial*, que ayer a las ocho de la mañana se despidió del regente el duque de Montpensier, y por la noche se aseguró a dicho periódico, que había salido el duque francés para Sanlúcar de Barrameda.

Leemos en el mismo periódico:

«Nuestro embajador en París, Sr. Olózaga, en la previsión de que por medio de telegramas de carácter privado se hubiese dado por seguro en Madrid el rompimiento de las hostilidades, manifestó anoche al Gobierno que podía desmentirse oficialmente la noticia, caso de que fuese propagada.»

CORREO DE HOY.

Los cuatro Cardenales que se abstuvieron de asistir a la sesión pública del 18, esto es, los Arzobispos de Viena, Praga, Besanzon y el Cardenal príncipe de Hohenlohe, fueron inmediatamente después de la sesión a ver al Papa, haciendo en sus manos una protesta de adhesión plena y absoluta a la Constitución de la Infalibilidad.

El Cardenal Mathieu presentó al Papa el acta de sumisión de otros cuatro Obispos franceses.

De los dos Obispos que votaron *non placet*, uno se sometió en la sesión misma, y otro inmediatamente después.

Dice una carta de Roma del 26 de Julio, que corrían rumores de que las tropas francesas iban a ser llamadas, aunque nada se había dicho al Gobierno pontificio. En vista de ello, y como medida de precaución, se va a poner en pie de guerra todo el pequeño, pero valiente ejército del Papa, habiendo sido llamados todos los soldados que tenían licencia temporal, y aumentándose el cuerpo de zuavos hasta una brigada. Los voluntarios franceses que debían ir a su patria a formar parte de la reserva ó de la guardia móvil, continuarán en el ejército pontificio por concesión del mariscal Le Bon. Se esperan numerosos reclutas de la juventud católica.

La carta que da estas noticias, añade, que si los garibaldinos solos atacan a Roma, aunque vayan muchos, no van a tener bastante espacio para correr por aquellos campos en cuanto les alcancen las valerosas tropas pontificias.

Estas se componen de cerca de 16,000 hombres escogidísimos, perfectamente disciplinados, equipados y armados.

Según los despachos de Viena, Austria se prepara como para entrar en campaña. Además de negociar un empréstito de 162 millones de florines, el Gobierno, conferencia con varios industriales y comerciantes para equipar y provisionar rápidamente el ejército.

En la Cámara de los diputados de Pesh se han presentado y aprobado con urgencia dos proyectos del ministro de la Guerra: uno pidiendo un crédito de 5 millones de florines; otro reclamando autorización para llamar a las armas los quintos de este año.

Se ha resuelto en Viena la movilización parcial del ejército, disponiendo que se forme en Bohemia un cuerpo de observación de 50,000 hombres en la frontera prusiana.

Dice un telegrama de Bruselas, que toda la landwehr prusiana ha sido llamada a las armas, así como multitud de soldados de la landsturm de 1854 y 55.

El plan prusiano, añade el despacho es arrojar sobre Francia un solo y enorme ejército: las tropas están concentradas en un solo punto de la frontera con este objeto.

Son tantos los soldados que pasan por Berlín, que no hay donde alojarlos, habiendo anunciado las autoridades a los vecinos que tienen que alojarlos por fuerza.

Dice un despacho de Bruselas que el baron de Beust ha adquirido pruebas de que Prusia estuvo en negociaciones con Francia el año 66, para obtener su apoyo contra Austria, ofreciéndola el Luxemburgo y Bélgica. El despacho añade que se publicarán los documentos.

Un telegrama de Copenhague dice que el 29 pasó por Skagen una escuadra francesa, compuesta de siete buques acorazados y dos vapores.

La Gaceta militar de Viena ha declarado que Austria está perdida si no hace la guerra a Prusia. El periódico ha sido recogido por esta declaración.

El Sr. Benedetti ha escrito al duque de Gramont la siguiente importante carta, que publica el *Journal Officiel*. En ella asegura el ex-embajador francés en Berlín, que fué el conde de Bismark quien ideó el proyecto de tratado publicado por el *Times* y quien dictó las bases que escribió aquel, y de que ahora quiere aprovecharse el canciller prusiano en perjuicio de Francia.

Dice así la carta:

«PARIS, 29 de Julio de 1870.—Señor duque: Por injustas que fuesen, no me ha parecido conveniente refutar las apreciaciones de que personalmente había de ser objeto cuando se supo en Francia que el príncipe de Hohenzollern había aceptado la corona de España, y dejó este cuidado al Gobierno del emperador, como mi deber me lo aconsejaba. Pero no puedo guardar el mismo silencio ante el uso que ha hecho M. de Bismark de un documento, al cual pretende dar un valor que jamás ha tenido; y ruego a V. E. que restablezca los hechos en toda su exactitud.

«Es de pública notoriedad que el señor conde de Bismark nos ha ofrecido, antes y durante la última guerra, cooperar para la unión de Bélgica a la Francia en compensación del engrandecimiento que el ambicionaba y que ha obtenido para la Prusia. Podría invocar a este propósito el testimonio de toda la diplomacia europea, que nada ha ignorado. El Gobierno del emperador ha declinado constantemente semejantes proposiciones, y uno de vuestros predecesores, M. Drouyn d'Lhuys pueden dar a este respecto explicaciones que no dejarán en pie la más leve duda.

«En el momento de la conclusión de la paz de Praga, y en presencia de la emoción que despertara en Francia la anexión del Hanover, del Hesse electoral y de la villa de Francfort a la Prusia, M. de Bismark mostró de nuevo el más vivo deseo de restablecer el equilibrio roto a causa de esas adquisiciones. Se trató de varias combinaciones referentes a la integridad de los Estados vecinos de Francia y de Alemania, siendo objeto de varias conferencias, durante las cuales se inclinaba M. de Bismark a hacer prevalecer sus ideas personales.

«En una de esas conversaciones, y a fin de darme yo cuenta exacta de sus combinaciones consentí en trascrirlas de cualquier modo bajo su dictado. La forma, no menos que el fondo, demuestra claramente que me limité a reproducir un proyecto concebido y desarrollado por el M. de Bismark guardó esa redacción, queriendo someterla al rey. Por mi parte yo de instantáneamente cuela al Gobierno imperial de las comunicaciones que se me habían hecho, las cuales fueron rechazadas por el emperador luego que llegaron a su noticia.

«Debo decir que al mismo rey de Prusia no le agradaron las bases, y después de esa época, es decir durante los cuatro últimos años, no volví a ocuparme de este asunto con M. de Bismark. Si el Gobierno del emperador había tomado la iniciativa en semejante tratado, el proyecto habría sido liberado por el ministerio, y no habría sido preciso que diera yo una copia escrita por mí; además habría dado otra redacción y habría dado lugar a negociaciones que se habrían seguido simultáneamente en París y en Berlín. En este caso M. de Bismark no se habría contentado en el momento, sobre todo, en que V. E. rectificaba, en los despachos insertos en el *Journal Officiel*, otros errores que se querían igualmente propagar. Pero para conseguir el fin que se proponía, que era el de extraviar la opinión pública y prevenir en contra de la Francia, usó de aquel expediente que le dispensaba de precisar el momento, las circunstancias y la forma en que ese documento había sido transcrito.

«Evidentemente M. de Bismark puede estar orgulloso, gracias a esas omisiones, de las conjeturas que, poniendo a salvo la responsabilidad personal, debían comprometer a la del Gobierno del emperador. Semejantes procedimientos no necesitan ser calificados: basta con señalarlos, entregándolos a la apreciación del público europeo.

«Acepte V. E. etc.—Y. Benedetti.»

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 4.º de Agosto.—El *Journal Officiel* anuncia que el Gobierno francés ha decidido que el pasaporte sea exigido durante todo el tiempo de la guerra a todo viajero, sin distinción de nacionalidad, para salir ó entrar en Francia.

Esta decisión no se aplica a los súbditos de Prusia y sus aliados, que necesitarán una autorización especial para poder ir y venir por el imperio.

Ayer permanecía aun el emperador en Metz.

No hay que mencionar ningún hecho de guerra.

LONDRES, 31.—Un telegrama de Berlín dice que corría allí el rumor de que los franceses habían atacado a los prusianos en sus posiciones, siendo rechazados por completo; pero no hay ninguna noticia oficial que dé cuenta de ningún hecho de armas, si se exceptúan ligeras escaramuzas sin importancia.

BOLSA DE HOY.

Renta perpetua al 3 por 100, publicado, 24-00, 24-05 y 24-10; pequeños 24-05 y 10; a plazo, 24-00 y 24-05 fincor. fir.

Billetes hipotecarios del Banco de España, 2.º serie, publicado, 94-90.

Bonos del Tesoro, de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 65-30, 60, 65-00, 65-25 y 65-00; no publicado, 65-50.

Acciones del Banco de España, de 2,000 rs.; a plazo, 137-50.

DOCUMENTOS DIPLOMÁTICOS.

El Gobierno inglés ha presentado al Parlamento el Libro azul que contiene toda la correspondencia diplomática seguida con motivo de la cuestión Hohenzollern y de la guerra entre Francia y Prusia. Componen esta correspondencia 124 despachos dirigidos en el período de veinte días y prueban los esfuerzos de la Gran-Bretaña por la conservación de la paz.

El día 5 de Julio, Mr. Layard, representante inglés en Madrid, anunció haber sido propuesto el príncipe Leopoldo para el trono de España. El día siguiente lord Lyons, embajador británico en París, comunicó la declaración hostil del duque de Grammont en las Cámaras, y los esfuerzos ya por él hechos en el sentido de la conciliación. El día siguiente el marqués de Lavalette, embajador francés en Londres, pide a Lord Granville emplee la influencia de Inglaterra para que se retire tan molesta candidatura. Lord Granville escribe a lord Loftus, embajador inglés en Berlín, expresando su convicción sobre el peligro e imprudencia del nombramiento del príncipe Leopoldo.

En 7 de Julio, lord Lyons refiere una conversación con el encargado de Negocios de Prusia en París, quien cree muy hostil la declaración de Grammont; y expresa su creencia de que ni el rey ni Bismarck conciben la oferta de la corona al príncipe Leopoldo.

En 8 de Julio lord Granville escribe al embajador inglés en París lo siguiente:

«El conde Bernstorff, embajador de Prusia, me dice haber recibido cartas del rey y Bismarck manifestando que la respuesta del Gobierno de la Alemania del Norte a las explicaciones pedidas por Francia sobre la oferta de la corona de España al príncipe Hohenzollern, es que este asunto no concierne al Gobierno prusiano. Este no pretende intervenir en una nación independiente como es España, y no puede dar informe alguno sobre las negociaciones que han mediado entre el príncipe y el Gobierno de Madrid. Prusia no interviene por tanto en la cuestión, dejando a Francia que adopte la senda que juzgue conveniente; y recomendando a su embajador se abstenga de mezclarse en el asunto.

El Gobierno de la Confederación no desea una nueva guerra de sucesión; pero si España pretende hacer por la elección del rey de España, esta conducta probará de su parte la disposición evidente de pelear por una causa injusta. Era prematuro discutir la cuestión interin las Cortes no se hayan pronunciado, y si Francia ataca la Alemania del Norte esta se defenderá. Este lenguaje es el del rey, quien ha sido ajenó a las negociaciones con el príncipe Leopoldo, a quien no impedirá aceptar la corona de España. Se queja del violento lenguaje de Francia.

Repelió a S. E. el principal argumento hecho ya en Berlín de que interesaba a la paz del mundo que el Gobierno prusiano considerase la importancia de una solución amistosa, añadiéndole que la posición de la Alemania del Norte era tal, que si no debía ceder a las amenazas, tampoco debía lanzarse en una política contraria por frases pronunciadas en momentos de grande excitación.

El 8 de Julio lord Lyons, escribe desde París al conde Granville:

«El duque de Grammont se ha mostrado muy satisfecho de la conferencia tenida por V. E. con el marqués de Lavalette, dándole gracias por los sentimientos en ella expresados respecto de la Francia. Ann no había recibido respuesta de Prusia y su silencio le impedía demorar más tiempo los preparativos militares. Ya se habían adoptado algunas medidas, y al día siguiente se tomarían otras en el Consejo de Saint-Cloud.

Como yo expresase alguna sorpresa por la prisa con que procedía el Gobierno, Grammont insistió en la imposibilidad de toda dilación. Tenías razón para creer, y el Sr. Olzog no lo había negado, que el rey de Prusia conocía la negociación entre el general Prim y el príncipe Leopoldo. El deber del rey, si deseaba la amistad con Francia, era impedir la aceptación del trono español por un príncipe de su casa. El silencio ó una respuesta evasiva equivalían a una negativa. No podrá decirse que Francia desea la lucha. Por el contrario, desde Sadowa hasta este incidente, Francia ha demostrado una impaciencia, moderación y un espíritu conciliador que, en opinión de muchos franceses, ha sido demasiado lejos. Ahora, cuando todo estaba tranquilo é iba desapareciendo gradualmente la irritación causada por el engrandecimiento de Prusia, los prusianos, lastimados los intereses tradicionales de Francia, pretendían establecer uno de sus príncipes del otro lado del Pirineo. Es imposible sufrir agresión semejante, siendo de esperar que el rey dispuso esta impresión fatal prohibiendo al príncipe que vaya a España.

Otra solución que el duque de Grammont me recomendaba vivamente, era el abandono por parte del príncipe de sus pretensiones a la corona de España. Naturalmente la habría aceptado con la esperanza de hacer el bien de su patria adoptiva. Al saber que esto podría producir en ella la guerra interior y la guerra extranjera sumiendo a su propio país y a toda Europa en la lucha, vacilaría de seguro en tomar la responsabilidad de calamidades semejantes. Bastaría hacer surgir en él esta idea para hacerle ver que su honor y su deber exigían el sacrificio de su ambición y el abandono de un trono que nunca podría considerarse. Una renuncia voluntaria por parte del príncipe sería a sus ojos la más feliz solución de esta cuestión gravísima, y pedía al Gobierno inglés emplease toda su influencia para alcanzarla.

A los consejos de calma dados por el Gabinete inglés, el duque de Grammont contestaba así el 9 de Julio:

«Es esta una cuestión en que los ministros franceses no pueden dirigir, sino seguir a la nación. La opinión pública no consentiría hiciesen menos de lo que habían hecho. La más vulgar prudencia exigía las precauciones militares adoptadas. En medio de una profunda calma, y cuando el Gobierno y las Cámaras se ocupaban en reducir el presupuesto militar, Prusia había estallado la mina que ha preparado

secretamente. Era necesario que a lo menos Francia se pusiese al nivel de Prusia en cuanto a preparativos militares.

El estado de la cuestión era este. El rey de Prusia había dicho a Bonaparte que en efecto había consentido que el príncipe Hohenzollern aceptase la corona de España, y que dado su permiso le era difícil retirarlo. S. M. añadió que conferenciara con el príncipe y daría después una respuesta definitiva a la Francia.

Por manera, añadió Grammont, que hay dos cosas evidentes: que el rey de Prusia ha autorizado la aceptación de la corona de España, y que la resolución del príncipe desistiendo ó insistiendo en su candidatura se realizará de acuerdo con S. M. Por tanto, la cuestión se halla planteada entre la Francia y el rey.

El Gobierno francés aplazará durante veinte y cuatro horas los preparativos ostensibles de guerra, como el llamamiento de la reserva, para no escitar el espíritu público en Francia. Pero después los preparativos serán conducidos con gran vigor, siendo una grave falta dar tiempo a Prusia bajo pretextos dilatorios.

M. de Grammont me autorizó dijese al Gobierno, que si el príncipe Hohenzollern, de acuerdo con el rey de Prusia, retiraba su aceptación de la corona, la cuestión quedaría terminada. No me ocultó, sin embargo, que si el príncipe, después de su conferencia con el rey, persistía en ser candidato al trono de España, Francia declararía inmediatamente la guerra a Prusia.

El día 12 de Julio lord Lyons dice lo siguiente al conde de Granville:

«En mi conferencia de hoy con el duque de Grammont me ha dicho este que el rey de Prusia no se ha mostrado nada cortés ni satisfactorio. Su Majestad definió toda conexión con la oferta de la corona de España al príncipe Leopoldo, y no ha querido aconsejarse retire su aceptación. Por otra parte, el padre del príncipe ha anunciado en nombre de su hijo retiraba su aceptación. El príncipe padre había enviado copia del telegrama a Prim, manifestando desistía de su candidatura.

M. de Grammont dijo que esta situación era muy embarazosa para el Gobierno francés. De un lado la opinión pública estaba demasiado excitada en Francia, siendo muy dudoso no sean derribados los ministros si anuncian mañana a las Cámaras estar concluida la cuestión sin haber obtenido satisfacción alguna de la Prusia. Por otro lado la renuncia del príncipe Leopoldo terminaba la causa original de la disputa. Lo satisfactorio de todos modos en esto es que España estaba apartada ya de la cuestión, reduciéndose la querrela, si la había, entre Francia y Prusia.

No ocultó al duque de Grammont mi sorpresa y pesar de que el Gobierno francés vacilase ni un instante en aceptar la renuncia del príncipe como desenlace de la cuestión. Le recordé la seguridad que formalmente me había autorizado a transmitir al Gobierno de S. M. de que si el príncipe retiraba su candidatura, la cuestión quedaba terminada, añadiendo que una conducta contraria sería altamente penosa al Gobierno de S. M.

La renuncia cambiaba por completo la posición de Francia. Ahora toda la Europa creería que Francia iba a la guerra sin causa fundada, por orgullo y resentimiento. Una de las ventajas de la posición anterior de Francia era que la cuestión no interesaba para nada a la Alemania. Ahora, por el contrario, Prusia debía esperar el apoyo de la Alemania entera para resistir un ataque que esta atribuiría a los celos de Francia y al deseo de humillar a una nación vecina. Francia, añadió, tendría la opinión del mundo en contra suya y su antagonista todas las ventajas de verse obligada a una guerra para defenderse de una agresión.

Si en los primeros momentos había descontento en las Cámaras y en la opinión, estaba seguro de que bien pronto los ministros convencerían a Francia del triunfo diplomático por ella alcanzado, sin sumir al país en todos los males de una guerra motivada.

El duque de Grammont me dijo que la resolución decisiva se tomaría en el Consejo que el emperador debía presidir el siguiente día, y que su resultado se anunciaría inmediatamente a las Cámaras. No me podía anticipar esta opinión; pero me ofreció hacer conocer al Consejo la del Gobierno de S. M. británica.

Contestando a esto el conde de Granville, lamenta que la renuncia no haya sido aceptada como desenlace de la cuestión, y niega que, como Grammont ha dicho, reconociera la legitimidad de las reclamaciones de Francia. El siguiente día se reanuda encarecida y amistosamente al duque de Grammont aceptación de la renuncia del príncipe como una solución satisfactoria. En una entrevista confidencial lord Lyons obtiene del duque de Grammont estas aclaraciones:

«Despacho núm. 14.—He aquí la posición, me dijo Grammont, del Gobierno imperial.

El embajador español ha anunciado formalmente que ha sido retirada la candidatura del príncipe Leopoldo. Esto termina la cuestión con España, apartada ya del debate. Pero de Prusia, Francia no ha obtenido absolutamente nada.

Mr. de Grammont me leyó en seguida un telegrama del general Fleury, en que dice que el emperador Alejandro había escrito al rey de Prusia pidiéndole mandase al príncipe Hohenzollern retirar su aceptación, habiéndose expresado en los términos más amistosos respecto de Francia y manifestando ardiente deseo de evitar la guerra.

El rey de Prusia no había accedido a esta recomendación de su imperial sobrino ni dado una palabra de explicación a Francia. S. M. no ha hecho nada, absolutamente nada. Francia no se ofende por eso, y no pide excusas a S. M. Pero el rey ha autorizado al príncipe a aceptar la corona de España, y todo lo que Francia pide es que impida al príncipe retirarse en el futuro esta renuncia. En todo que Francia tomase alguna precaución contra la repetición de lo sucedido cuando el hermano del príncipe Leopoldo fue a Rumania. No es de suponer que Francia corra el riesgo de que el príncipe Leopoldo se presente de improviso en España y apelo al sentimiento estallado del pueblo español. Por esto Francia no pide a Prusia impida que el príncipe vaya a España, y todo lo que desea es que el rey impida cambio de resolución, no sosteniendo su re-

nuncia. Si S. M. hace esto todo quedará satisfactoriamente terminado en el acto.

Yo pregunté entonces si me autorizaba categóricamente a decir a mi Gobierno, a nombre del emperador, si en tal caso la cuestión quedaría resuelta por completo.

«Sin duda alguna, respondió; y tomando un pedazo de papel, escribí este Memorandum ó nota, que me entregó:

«Pedimos al rey de Prusia que impida el que el príncipe Hohenzollern cambie de resolución. Si lo hace, el incidente queda completamente terminado.»

Observé a Mr. de Grammont era difícil concebir que el Gobierno francés temiese que después de lo que le sucedió el príncipe pudiese presentarse aún como candidato, ó ser aceptado por la España.

Grammont me respondió era preciso precaverse contra tal eventualidad, y que si el rey se negaba a esta sencilla prohibición, Francia debería suponer que abrigaba designios hostiles, y debía tomar sus medidas en vista de ello. Me añadió por último, si Francia podría contar con los buenos oficios de la Inglaterra, para obtener del rey esta garantía. Dijo, que nada sería más grato al Gobierno de S. M. que realizar una reconciliación entre Francia y Prusia; pero que no podía comprometerse sin autorización del Gobierno, a ofrecer lo que se me pedía sobre un punto especial.

El día 14 el Gobierno británico recomendó al rey de Prusia comunicase a Francia su aprobación de la renuncia del príncipe Leopoldo, pero el Gobierno de Berlín no accede a esta recomendación. Dice así el despacho núm. 49:

«El conde Bernstorff, embajador de Prusia, me dijo haber recibido un telegrama del conde Bismarck, en que expresaba su sentimiento de que el Gobierno inglés hubiese hecho una propuesta que él no podía presentar a la aceptación de S. M. Prusia, decía, había mostrado ante una amenaza pública de la Francia una calma y moderación que hacían toda ulterior concesión de su parte equivalente a una sumisión a los arbitrarios deseos de Francia, y que se traducirían por una humillación que el sentimiento nacional de la Alemania rechazaría como un nuevo insulto.

La opinión pública en Alemania cree ante las amenazas de la Francia, que sería preferible la guerra aun en las circunstancias más difíciles, a que el rey se sometiese a las injustificables exigencias de la Francia.

El Gobierno prusiano no tiene nada que ver con la aceptación del príncipe Leopoldo, de la que no ha sido sabedor. No puede comprometerse en la responsabilidad de su aceptación como sucedería si se mezclase en su renuncia.

La petición de que intervenga el soberano es materia de carácter puramente privado, que no está sujeta a comunicaciones entre los Gobiernos, y si el pretexto primitivo para tal exigencia se fundaba en la existencia de la candidatura, no era ya necesaria desde el instante en que la candidatura había dejado de existir.

El despacho 53 refiere la siguiente conversación entre el conde de Bismarck y lord Loftus, embajador inglés en Berlín:

«En mi entrevista de hoy felicito al conde por la solución de la crisis merced a la renuncia del príncipe Leopoldo. S. E. se mostró dudoso de que estuviesen terminadas todas las diferencias con Francia. Me dijo que la extremada moderación mostrada por el rey ante el amenazador tono del Gobierno francés y la cortes recepción del conde Benedetti en Ems, después del severo lenguaje dirigido a Prusia, habían producido en el país profunda indignación. Aquella mañana había recibido telegramas de Bremen, Koenigsberg y otras ciudades, expresando gran desaprobación de la actitud conciliadora del rey de Prusia en Ems y pidiendo que no se sacrificase el honor de la patria.

El conde expresó su deseo de que el Gobierno inglés, por una declaración en el Parlamento, expresase su satisfacción ante el desenlace de la cuestión española, merced a la espontánea renuncia del príncipe Leopoldo, y diese público testimonio de la serena y prudente moderación del rey de Prusia, de su Gobierno y de la prensa.

S. E. notó que en la declaración de Grammont ante las Cámaras, este había dicho que las potencias de Europa habían reconocido el justo derecho de la Francia en la petición dirigida al Gobierno prusiano, y ansiaba por lo mismo se diese un público testimonio también de que las potencias habían empleado sus buenos oficios para exhortar al rey de Prusia a la renuncia del príncipe Leopoldo, expresando su apreciación de la pacífica y conciliadora conducta tenida por el rey de Prusia.

El conde me dijo haber llegado noticias de París de que la solución de las dificultades españolas no bastaba a contentar al Gobierno francés, el cual presentaba otras exigencias. Si así era, añadió, es evidente que la cuestión de sucesión al trono de España era un mero pretexto, y que el verdadero motivo era obtener revancha por Koenigsgratz. El sentimiento de Alemania era que tenía igualdad de fuerzas y la misma confianza que los franceses en el triunfo, Prusia y Alemania pensaban no debía aceptar ni insulto ni humillación de Francia, y que provocados, debían ir a la lucha. Nosotros, añadió, no deseábamos la guerra, y hemos probado y continuaremos probando este espíritu. Pero no podemos conceder a Francia la delantera en los armamentos. Sé que en Francia se hacen grandes preparativos guerreros, y si estos continúan, tendremos que pedir explicaciones al Gobierno francés.

Después de lo ocurrido, necesitamos alguna garantía de que no nos veremos expuestos a un súbito ataque, pues resuelto el conflicto español, veremos que hay otros designios secretos contrarios a Alemania.

Bismarck consideró ser preciso se hiciese por Francia alguna declaración a las potencias europeas y en forma oficial, de que la solución satisfactoria del conflicto era un desenlace completo, y que no surgían nuevas exigencias, añadiendo que si no se explicaba el lenguaje amenazador del duque de Grammont, el Gobierno prusiano se vería obligado a pedir explicaciones a Francia. Era imposible que Prusia permaneciese impasible ante la afrenta hecha al rey y a la nación por el amenazador lenguaje del Gobierno francés, y él por su parte no volvería a tener comunicaciones con el embajador francés mientras

este lenguaje permaneciese sin explicación a los ojos de Europa.

Observaré V. E. por toda esta conversación lo urgente que es que alguna mano amiga calme la irritación entre los dos Gobiernos, pues la herida causada por el conflicto español, lejos de estar cerrada, es hoy más profunda que nunca.

Es evidente que el conde Bismarck lamenta la actitud del rey respecto del conde Benedetti, y que la opinión pública en Alemania siente la necesidad de alguna medida enérgica para salvar el honor de la nación.

El único medio de calmar la irritación del pueblo alemán y restablecer la confianza en el mantenimiento de la paz, sería una declaración del Gobierno francés de que el conflicto español ha terminado satisfactoriamente, haciendo justicia a la moderada y pacífica actitud del rey y de su Gobierno, y de que las buenas relaciones existentes entre los dos Estados no corren ya peligro alguno. Si estos consejos no prevalecen en el ánimo del Gobierno francés, la guerra será inevitable.

Lord Granville escribe a un tiempo el 15 de Julio a los embajadores de París y Berlín lo siguiente:

«El Gobierno de S. M. deplora profundamente, que según las apariencias todas, el rompimiento entre Francia y Prusia aparezca inminente. Deplora la posibilidad de esta calamidad, no sólo por las dos potencias con quienes les liga íntima amistad, sino por la Europa entera.

Pero deseando no desaprovechar la más leve probabilidad de impedirlo, apela al vigesimo tercero protocolo de las conferencias celebradas en París en 1856, en las cuales los plenipotenciarios no vacilaron en expresar a nombre de sus Gobiernos el deseo de que los Estados entre los cuales surgiesen serios conflictos, antes de apelar a las armas, recurriesen, mientras las circunstancias lo permitiesen, a los buenos oficios de una potencia amiga; y con tanta más razón debe hacerse esto, cuanto la cuestión pendiente hoy entre ambas potencias se encierra en muy estrechos límites.

El Gobierno de S. M. por tanto, sugiere a Francia y Prusia en idénticos términos, que antes de proceder al extremo de la guerra, recurran a los buenos oficios de alguna ó algunas potencias amigas aceptables para ambos, estando la Inglaterra pronta a aceptar por su parte esta misión.»

Pero dos días antes de la fecha de esta nota había llegado a París el fatal telegrama anunciando el supuesto insulto al embajador francés. Lord Lyons refiere así el cambio operado inmediatamente en la opinión pública:

«Mi último despacho le presentaba el favorable estado de la cuestión. Durante la primera parte de la noche siguiente hubo grandes esperanzas de conservar la paz. Se pensaba que si la renuncia del mismo príncipe venía a confirmar la hecha por su padre, la declaración de España de que tal candidatura estaba concluida, terminaría la cuestión. El lenguaje de los ministros más influyentes era pacífico, y se esperaba alguna explicación satisfactoria de Prusia para declarar terminada la cuestión.

Pero durante la mañana todo cambió. Un telegrama del encargado de negocios de Berlín dijo que la Gaceta Oficial había publicado un artículo anunciando que habiendo pedido el embajador francés al rey prometiese que no consentiría que un Hohenzollern fuese candidato al trono de España, S. M. se había negado a recibir al embajador y dióchelo por un edecán que no volvería a tratar con él de la cuestión. Este artículo cambiaba radicalmente el punto de vista del Gobierno francés. El emperador vino a París, y en el Consejo se acordó presentar a las Cámaras una declaración hostil a Prusia.

Hicieron grandes, pero inútiles esfuerzos, para ver al duque de Grammont; pero envió a M. Olivier un ruego a nombre del Gobierno de S. M. que no se precipitase a medidas extremas, comprometiendo al Gobierno por una declaración prematura en las Cámaras. Acosado, como más digno y prudente, esperar al día siguiente, y cuando la cuestión estuviese completamente esclarecida. En el interin, y aunque no era generalmente conocido el artículo de la Gaceta de Alemania, la excitación popular era tan grande y en el ejército existía tal irritación que era difícil impedir un grito de guerra si no se anunciaba un triunfo diplomático. Si los periódicos de la tarde hacían conocer la actitud de Prusia, sería difícil contener la irritación del pueblo, no habiendo más medio de calmarla que una actitud enérgica respecto de Prusia.

Las sesiones de las Cámaras han pasado, según mi deseo, sin comunicación alguna del Gobierno que haga irreparable la situación.

Pero a pesar de esto no puedo dar a V. E. esperanza alguna de que pueda evitarse la guerra. Haré todo lo posible en nombre del Gobierno de S. M. para impedir esta gran calamidad; pero temo que mañana se hagan ante las Cámaras declaraciones equivalentes a la guerra.

El día siguiente se verificó, en efecto, esta profecía, pero el embajador inglés tuvo una conferencia con el duque de Grammont, que refiere así:

«PARIS, 13 de Julio.—A pesar de que el Gobierno se prepara energicamente a la guerra, he podido ver al duque de Grammont. Me habló del despacho sobre mediación de Inglaterra. Empezó dando gracias al Gobierno de S. M. por los amistosos esfuerzos que había hecho para alcanzar una solución favorable de la cuestión con Prusia. Pero los esfuerzos de Inglaterra habían fracasado ante los últimos actos del Gobierno prusiano.

El Gobierno había insultado deliberadamente a la Francia, declarando al público que el rey había dirigido un desaire al embajador francés. Era evidente la intención del Gobierno prusiano de ganar popularidad en Alemania obrando descomedidamente humillando a la Francia. No solo la nueva ofensiva a Francia había sido publicada en la prensa, sino que se la comunicó oficialmente por telegrama a los agentes prusianos en Europa.

Hasta este suceso, las negociaciones tenían un carácter privado, siendo por especiales circunstancias conducidas directamente con el rey de Prusia. El conde Bismarck se ha estado en el campo, siendo imposible tratar con él. M. de Thile afectó no conocer la cuestión, y que la cuestión no tocaba al Gobierno, sino al rey personalmente. Aunque en principio esta distinción no era admisible, esto obligó a Fran-

cia a tratar con el rey directamente, yendo a Ems el conde Benedetti. La negociación no fue satisfactoria; pero mientras permanecía privada podía tener buen término. La deserción del rey no recibiendo al embajador de Francia, había sido agravada al publicar el Gobierno ante la Alemania la ofensa inferida al embajador. Esto era lo que constituía la verdadera ofensa que la nación no podía soportar, sintiendo vivamente el Gobierno no sería posible aceptar los buenos oficios del Gobierno de S. M.

Pasando al segundo memorándum relativo a la declaración hecha por el duque de Grammont ante las Cámaras afirmando que la mayor parte de las potencias, incluso la Gran Bretaña, habían apoyado a la Francia, insistió en la exactitud de esta apreciación, pues los esfuerzos hechos por el embajador inglés en Madrid y en otras partes para que el príncipe Leopoldo retirase su candidatura, indicaban ciertamente que consideraban asistía razón a la Francia para quejarse de la elección de este príncipe y de la forma en que había surgido esta candidatura.

Recordó a M. de Grammont, que el Gobierno inglés había sostenido siempre no haber motivo para recurrir a medidas extremas; contestando Grammont, que no había dicho lo contrario respecto a la opinión de Inglaterra; aplicándose además sus palabras a la primera faz de la cuestión, y antes de que la última ofensa les hubiese obligado a tomar medidas extremas. La discusión sobre esto duró algún tanto.

M. de Grammont, dijo conocía el sentimiento público de la Inglaterra contrario a la guerra; pero esperaba no sería favorable a los que primero iniciaron las hostilidades, y que Francia suspendería las simpatías de Inglaterra.

Contestó, que el Gobierno inglés no podía considerar la cuestión bajo el mismo punto de vista que el Gabinete imperial; pero que nunca había dado pruebas más grandes de sus sentimientos amistosos que en las presentes circunstancias, no perdonando esfuerzo para alcanzar la satisfacción que Francia deseaba. No ocultó que el Gobierno inglés tenía razón para creerse burlado en sus esperanzas pacíficas, pues creía que la renuncia del príncipe a la corona de España era cuanto podía desear. Había hecho inmensos esfuerzos para alcanzarla, y ahora veía que Francia exigía más. Sin embargo de esto, y cualquiera que fuese el desenlace, no por esto disminuirían los sentimientos amistosos que habían sido el feliz resultado de la cordial inteligencia existente durante tantos años entre los dos Gobiernos y las dos naciones.

Despachos de los ministros ingleses en San Petersburgo y Viena, refieren los buenos consejos dados por Rusia y Austria. El Gobierno de Rusia había aconsejado en Berlín prudencia y moderación, esperando que el rey de Prusia declararía solemnemente que no había tenido parte en la elección del príncipe Leopoldo, y que hecho esto, Francia admitiría que no había razón para una guerra con Prusia.

Pero si Francia estaba resuelta a tener una guerra con Prusia por la elevación de un Hohenzollern al trono de España, podía hallar un pretexto también para ella, pidiendo a Francia cumpliera las estipulaciones del tratado de Praga respecto a Dinamarca. El conde de Beust, canciller del imperio austriaco, dice que su embajador en Berlín ha hecho todo lo posible para favorecer una solución pacífica. Hemos hecho cuanto era dable para disuadir a Francia de que adoptase una resolución extrema, pero no tenemos, añade, grandes esperanzas de impedir la marcha fatal de los acontecimientos. Nadie era mejor juez que Austria del estado del sentimiento público en la Alemania meridional, y estaba convencido de que Francia se engañaba si creía contar con las simpatías de estos Estados. Así se lo ha manifestado en interés de la paz.

Al fin, Francia y Prusia declararon la guerra, y entonces el Gobierno inglés se consagró a salvar los derechos de los neutrales. Francia y Prusia dieron mutuas seguridades respecto a Bélgica, Holanda y Suiza. Se requería tiempo para la protección de los buques y propiedades neutrales, y los despachos demuestran que en esta parte las dos potencias han concedido con buena voluntad lo que se les pidió. El final de estas negociaciones es la repulsa de la mediación inglesa tanto por Francia como por Prusia. El duque de Grammont reconoció cortemente los buenos oficios del Gobierno inglés en una nota a su embajador en Londres, esperando que la opinión pública reconocería pronto en Inglaterra que el Gobierno del emperador no tenía otro camino que el seguido.

SECCION RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. San Pedro Adornado.

SANTO DE MAYA. Nuestra Señora de los Angeles y San Pedro Obispo.

Se gana el Jubileo de Cuarenta horas en la iglesia parroquial de San Ildefonso, donde por la mañana habrá Misa mayor y por la tarde preces y reserva.

En la iglesia del orden de San Francisco habrá Misa cantada y en San Antonio de los Portugueses, con manifestos.

VISITA DE LA CONTE DE MARIA. Nuestra Señora de la Providencia en Capuchinos, ó la del Pópulo en San Justo.

Se reza de San Pedro de Osmá, con rito doble y color blanco, haciéndose conmemoración de San Esteban, Papa y mártir.

Imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 34, a cargo de R. Labajos y Arenas.

BAÑOS DE GRÁBALOS,

PROVINCIA DE LOGROÑO.

Desde el día 1.º de Junio a fin de Setiembre están abiertos al público los baños y aguas hidro-sulfuradas de Grábalos, clasificadas oficialmente de primera clase y altamente reconocidas por la inmensa concurrencia que asiste y especiales resultados para toda clase de erupciones cutáneas.

Hay coches diarios en el tren de la mañana desde la estación de Castejón al mismo establecimiento, habitaciones y fonda de primera y segunda, a precios muy arreglados, y cocinas por separado, con el servicio necesario, para los que prefieren comer por su cuenta.

ESPECÍFICO CONTRA LA SORDERA.

V. LERREYER, farmacéutico de primera clase.—Paris rue du Cardinal Fesch, 4 bis.

Su eficacia es constante en todos los casos de sordera accidental, y no necesita ningún tratamiento interior. Mójese mañana y tarde con este líquido el interior del oído durante quince días, y la cura será completa sin temor de recaída. Así lo prueban numerosos exámenes hechos en Francia y otros países.

Venta por m. yor: en Madrid, Agencia franco-española, Sordo, 31. Por menor: a 167a. Sres. Borrell hermanos, Moreno Miquel, Escobar y Ortega.

EMPLOMADOR WARTON

PARA EMPLOMADOR LOS DIENTES UN MISMO SIN DOLOR.

Esta sustancia se vuelve blanca, como la dentadura natural, evita la caries y preserva los dolores de muelas, conservándolas indefinidamente.

Warton, dentista, 31, rue Saint-Lazare, Paris. En Madrid, a 22 rs. Agencia franco-española, calle del Sordo, 31, y Sres. Moreno Miquel, Borrell, hermanos, Sanchez Ocaña y Ortega.

ENFERMEDAD DE LOS

GLORIOSO ANÁLISIS.

Alivio pronto y efectivo por medio de los Jarabes de hierro de S. M. de S. M. de S. M.

Precio a francos el frasco en París. Exigiese el frasco cuadrado, la firma del Doctor CHURCHILL y la etiqueta marca de fábrica de la Farmacia W. A. N. (A. Castiglione, Paris).

Las Tablillas Pectorales de S. M. de S. M. de S. M.

contra la tos, el asma, el precio de dos francos caja, en casa de todos los depositarios de los Jarabes de hipofosfatos.

En Madrid, por mayor, agencia franco-española, Sordo, 31. Por menor, Sres. Borrell hermanos, Moreno Miquel, Escobar, Sanchez Ocaña y Ortega.

(A. 2.665.)

LE REPRODUCTIF

Este aparato, de una extraordinaria sencillez, permite imprimir instantánea-

mente de uno a mil ejemplares, sea planos, dibujos, circulares, música, etc., trazados en tinta y papel como se hace ordinariamente. Resulta tan infalible y garantizado, BERRINGER, Passage du Grand Café, 2, en Paris. (Dirigir los pedidos a la Agencia franco-española, número 31, calle del Sordo, en Madrid.)

(A.)

LA SALVACION DE ESPAÑA.

LECTURA PARA EL PUEBLO.

Este interesante folleto, entre las importantes materias que contiene se encuentran un himno marcial en honor del señor D. Carlos VII.

Se vende en la imprenta de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, y en las librerías de España de provincia y en Madrid en las de Olamendi, Aguado, Sanchez Rubio, D. Leocadio Lopez, Tejedo y Cuesta.

Los pedidos a D. Roque Labajos, Cabaña, 27, principal, acompañando su importe en libranzas o sellos de franqueo.

Precio: Dos y medio reales en Madrid y tres en provincias, franco el porte.

(A.)

AGUA DE JANINA

Del Dr. 1808.

EL AGUA DE JANINA es un agua, inocua y higiénica, dando al cabello un color natural; mucha brillantez y flexibilidad para toda especie de peinados. Al contrario de las tinturas, su acción es completamente inocua, por no actuar en su composición ningún principio tóxico ni irritante.

En París, en casa de M. Holtz, rue Feydeau, 7.

Deposito general para España en Madrid, agencia franco-española, Sordo, 31; por menor, a 28 rs. frasco, Sres. Moreno Miquel, Borrell hermanos, Escobar, Ortega y Sanchez Ocaña.

(A. 1156.)

LOS MISTERIOS DE LA FABRICA

Lección del vino; su crianza, mejora y conservación, con un recetario infalible para reponerle de sus enfermedades y privarle de defectos, dándole calidad: ma-

nual adaptado a la localidad del que le pida, 300 rs. Sierra, calle de Torija, número 6, cuarto tercero, Madrid.

(A.)

ENSAYO TEÓRICO DE DERECHO Natural apoyado en los hechos, por el R. P. Luis Taparelli, de la C. de J., traducido directamente de la última edición italiana hecha en